

## EXCURSUS III

EL ESTADO BIZANTINO. . . . .	137
I. EL SURGIMIENTO DEL ESTADO BIZANTINO (324-610) . . . . .	137
1. <i>Preliminar</i> . . . . .	137
2. La crisis del siglo III y el eclecticismo bizantino . . . . .	140
3. Las reformas y el desarrollo . . . . .	143
4. El nuevo ejército . . . . .	147
5. La Roma del Bósforo . . . . .	149
6. Reconocimiento del cristianismo . . . . .	150
7. <i>Pax bizantina</i> . . . . .	155
II. LA RESTAURACIÓN DE JUSTINIANO . . . . .	162
1. La herencia romana y el imperio universal . . . . .	162
2. Las conquistas y sus peligros . . . . .	163
3. La administración . . . . .	165
4. La legislación justiniana y la ideología subyacente . . . . .	166
5. Justiniano y la <i>οικουμένη</i> . . . . .	168
6. El epígono . . . . .	169
III. DOMINUS MUNDI. LA FUENTE DEL PODER IMPERIAL . . . . .	174
1. Herencia romana y providencialismo . . . . .	174
2. La investidura . . . . .	175
3. La sucesión al trono. Césares y augustos. . . . .	177
4. Las emperatrices . . . . .	180
5. La influencia oriental . . . . .	180
6. La doctrina imperial. El culto . . . . .	182

## EXCURSUS III

### EL ESTADO BIZANTINO \*

SUMARIO: I. EL SURGIMIENTO DEL ESTADO BIZANTINO (324-610). 1. *Preliminaria*. 2. *La crisis del siglo III y el eclecticismo bizantino*. 3. *Las reformas y el desarrollo*. 4. *El nuevo ejército*. 5. *La Roma del Bósforo*. 6. *Reconocimiento del cristianismo*. 7. *Pax bizantina*. II. LA RESTAURACIÓN DE JUSTINIANO. 1. *La herencia romana y el imperio universal*. 2. *Las conquistas y sus peligros*. 3. *La administración*. 4. *La legislación justiniana y la ideología subyacente*. 5. *Justiniano y la  $\sigma\upsilon\lambda\lambda\acute{\iota}\mu\epsilon\eta\eta$* . 6. *El epígono*. III. DOMINUS MUNDI. LA FUENTE DEL PODER IMPERIAL. 1. *Herencia romana y providencialismo*. 2. *La investidura*. 3. *La sucesión al trono. Césares y augustos*. 4. *Las emperatrices*. 5. *La influencia oriental*. 6. *La doctrina imperial. El culto*.

#### I. EL SURGIMIENTO DEL ESTADO BIZANTINO (324-610) \*\*

##### 1. Preliminaria

Señalé en el *Proemium* que la expresión ‘derecho romano’ evoca algunas imágenes que es muy difícil erradicar. La expresión nos invita a pensar en la Roma de los pontífices, de los cónsules,

\* En la presente exposición hemos seguido *quasi verbatim* el impresionante libro de G. Ostrogorsky: *Geschichte des byzantinischen Staates*, Munich, C.H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1963. (Existe una excelente versión inglesa de la que nos hemos servido frecuentemente, debida a Joan Hussey: *History of the Byzantine State*, Basil Blackwell, Oxford, 1968). Otro trabajo que hemos tenido particularmente en cuenta es el excelente libro de Louis Bréhier: *Le monde byzantin*. I. *Les institutions de l'empire byzantin* (Paris, Albin Michel, 1970. Existe versión española: *El mundo bizantino. Las instituciones del Imperio Bizantino*, México, UTHEA, 1956). Otros trabajos que influyen mi exposición son, principalmente: Moss L.B., “The formation of the East Roman Empire”, en *Cambridge Medieval History*, Vol. IV, 1, 1966, pp. 1-41, Cambridge, Ingl.; Baynes, N.H., *The Byzantine Empire*. Londres, 1926 (reimpreso en 1943. Existe versión española: *El Imperio Bizantino*, México, Fondo de Cultura, 1957).

\*\* El conocimiento de la historia bizantina proviene de una amplia variedad de fuentes. El curso general de los acontecimientos es cubierto por los cronistas e historiadores bizantinos. La información se complementa, con fuentes occidentales y orientales. En virtud del papel tan importante de la Iglesia en el desarrollo del Estado bizantino es esencial que el historiador tenga en cuenta las obras teológicas y los protocolos de los concilios.

de los césares augustos. La expresión pareciera aludir a la Roma del Tíber. Sin embargo, lo que conocemos como 'derecho romano' se generó muy lejos de Roma, en los límites orientales de Europa, no antes del siglo VI de nuestra era, después de que Roma había sido saqueada una y otra vez por los invasores bárbaros. (Alarico de vasta Roma en 410; los vándalos la arrasan en 455).

Lo que nombra la etiqueta 'derecho romano' no alude al derecho positivo de la Roma de los claudios ni de los trajanos. Cuando aparece la compilación que conocemos como 'derecho romano', Italia no era más el *fundo italicus*, sino el reino de Teodorico el Grande. No es la *civitas* romana a la que se refiere esta expresión; el escenario que la circunda no es la *Via Apia* ni el monte Capitolino. La expresión debe ser relacionada con otra atmósfera; con la sociedad, multiracial que habita a la rivera del Bósforo, especialmente con una ciudad donde ya no se habla latín y es fundamentalmente cristiana: Constantinopla.

El gobernante que nos lega el "derecho romano", (legado que sin duda es debido a la iniciativa de Justiniano) no es llamado *princeps* ni *caesar* sino βασιλεὺς y es cabeza de la Iglesia.

Estas fuentes nos proporcionan, sin embargo, información suficiente sobre la gestión gubernamental y administrativa del Imperio. Esta información debe buscarse en documentos oficiales que dan cuenta de la actividad financiera, fiscal, administrativa y militar. A este respecto, las obras y documentos jurídicos, que en Bizancio son particularmente importantes, constituyen una fuente insustituible.

Haciendo a un lado los escritos de Eusebio (c 260-c 340) obispo de Cesárea, autor de una crónica, una historia de la Iglesia a quien también se le atribuye la *Vita* (de Constantino el Grande) y de Ammianus Marcelluius, cuya *Res gestae* fue concebida como continuación de Tácito, los trabajos en griego predominan ya en la historiografía de este siglo (IV). Deben mencionarse Eunapios de Sordes, Otimpodorus de Tebas y Zosimus. También cabe mencionar los trabajos de Priscus. La historia de la Iglesia, siguiendo la huella de Eusebio, fue continuada por Sócrates Sozomen, y por Teodoro de Cyrhus. Existe material histórico invaluable en los escritos de los Padres de la Iglesia del periodo (Athanasius de Alejandría, Gregorio de Nazianzuz, Basilio de Caesarea, Juan Crisóstomo). El *acta* de los primeros cinco concilios ecuménicos son particularmente importantes para el conocimiento del origen del Estado bizantino (Ostrogorski, G., *History of the Byzantine State* [HBS], cit., pp. 23-24).

El más célebre historiador del periodo de Justiniano es Procopio. Secretario de Belisario participó en la guerra contra los vándalos, godos y persas; narra estos sucesos en ocho volúmenes. Además de su *De aedificiis*, donde da cuenta de las construcciones de Justiniano, publica su famosa *Historia secreta*. Conjuntamente con Procopio pueden citarse a Agathias y posteriormente aparecen Menander Protector y Theophylact Simocattes. Además de historias, existen crónicas; una forma característica de fuentes históricas en Bizancio (Juan Mallás, Juan de Antioquía). Es importante señalar que la historiografía bizantina en su conjunto alcanza alto nivel; ciertamente muy superior a la de Occidente (Ostrogorsky, G. *HBS*, cit., pp. 24-25).

Dar cuenta del contexto donde se produce el “derecho romano” es particularmente importante sobre todo cuando hablamos de su legado y de su recepción en Europa. Si las instituciones del derecho romano, como es comúnmente aceptado, conformaron las instituciones políticas de Occidente, para conocer el verdadero alcance de esta afirmación es necesario saber que el “derecho romano” es una creación bizantina, hecha por un emperador cristiano para regir la *οικουμένη* universal. Es fácil comprender que la ideología que subyace al “derecho romano” nada tiene que ver con la cultura ni con la idiosincracia de la Roma de Cicerón. Como ya señalé en el *Proemium*, una buena comprensión del impacto de las instituciones romanas en Occidente, requiere de un claro entendimiento del mundo bizantino.

No debemos olvidar que, con independencia de sus innumerables méritos dogmáticos y técnicos, la codificación bizantina del “derecho romano” era un respaldo a la concepción absolutamente unitaria y centralizada del Estado. Con gran fuerza el “derecho romano”, tal y como lo formulaban los juristas bizantinos, regulaba los asuntos públicos de forma muy distinta a como eran administrados en la Roma de los césares. Los juristas bizantinos no rescatan el derecho romano, lo abrevian y no pocas veces lo alteran para que este *corpus* pudiera responder a las necesidades del Estado bizantino contemporáneo. El *corpus* justineano debía compatibilizar con los dogmas cristianos y con las costumbres del Oriente helénico. Detrás de esta compilación se encuentra una tesis exclusivista: defender el credo ortodoxo, proscribiendo todas las demás religiones. El comienzo del *Corpus iuris* es, a este respecto, muy significativo: *In nomini domini nostri iesu christi*.

Justiniano es una muestra de la simbiosis bizantina: gobernante cristiano consciente de su misión civilizadora. En su búsqueda por el imperio universal lo guiaban los dogmas cristianos y la concepción romana (ya helenizada) de la civilización, todo ordenado según designios de la Providencia. Para Justiniano, como para cualquier bizantino, el *imperium romanum* se identificaba naturalmente con la *οικουμένη* cristiana. Era obligación natural de un *βασιλεὺς* recobrar la herencia romana. Su misión sagrada era liberar el territorio “romano” del yugo de los invasores bárbaros y de su arianismo, herético para restaurar no sólo las antiguas fronteras, sino dar curso al plan divino y consolidar un único imperio romano ortodoxo.

## 2. La crisis del siglo III y el eclecticismo bizantino

Los conceptos políticos romanos, la cultura griega y la fe cristiana son los principales elementos que determinaron el desarrollo bizantino; sin ellos, la forma de vida bizantina hubiera sido inconcebible. La integración de la cultura helénica y de la religión cristiana dentro del marco del imperio romano fue lo que dio origen a ese fenómeno histórico que conocemos como Imperio Bizantino.

Esta síntesis fue hecha posible por el creciente interés del Imperio Romano hacia Oriente, urgido por la crisis del siglo III.<sup>1</sup>

En el curso del siglo III el imperio romano enfrentó una crisis que penetró en todos los intersticios de la sociedad romana. Abarcó todos los aspectos: político, económico y religioso. Con la muerte de Alejandro Severo (234) asesinado durante una sedición militar iniciada por Maximiniano, un oficial Tracio, comienza el periodo conocido como 'De los Treinta Tiranos' (235-284). El poder pasa a césares efímeros llevados al trono por la soldadesca. Al tiempo que las fronteras cedían por todas partes ante la presión de las hordas bárbaras y ante otros Estados emergentes.

Un severo deterioro económico agravó aún más la ya caótica situación política. El comercio, generador de la fortuna de las provincias, declina y la ruina de esta clase activa se deja sentir en la parte fiscal. Las tierras son abandonadas, por lo que tampoco estos bienes generarían impuestos. Y mientras los ingresos disminuyen, las necesidades insaciables del ejército y de la burocracia creciente pesaban grandemente sobre el disminuido tesoro imperial. El empobrecimiento se agudiza con un grave problema demográfico.

Todavía más complicada era la crisis religiosa. La vieja religión romana comprometida desde el fin de la República, se encuentra en franca decadencia. La religión tradicional es desbancada por las religiones orientales, misteriosas y salutarias, las cuales reciben la atención de las masas de desheredados con la esperanza de un porvenir mejor.<sup>2</sup> Difundido por los soldados, el culto de Mithra se disemina por todo el territorio. A mediados del siglo III, el

<sup>1</sup> (Ostrogorsky, *HBS*, cit., p. 27; Baynes, N.H., *Byzantine Studies*, cit., pp. 1 y ss.). Sobre este particular, véase el impresionante trabajo de Jones, A.H.M., *The Later Roman Empire*, Oxford, Oxford University Press, 1964.

<sup>2</sup> *Íd. supra*: *Proemium*. 3. *El mundo bizantino*.

cristianismo, más y más consolidado no obstante las persecuciones, era considerado un peligro formidable.

Esta crisis no dispuso de elementos para su solución, por el contrario, al lado de ella (o por razón de ella) el debilitamiento del poder imperial impidió toda tentativa de recomposición. Las dificultades económicas, por otro lado, debidas en parte a las invasiones, contribuyen a reducir las posibilidades de acción del Estado. Sin embargo, los emperadores se esforzaron por remediar la situación tanto con la legislación como con la fuerza. Estos esfuerzos, que en ningún sentido fueron suficientes para restablecer la situación, dieron a este periodo uno de sus rasgos característicos.<sup>3</sup> Sus primeras expresiones visibles fueron, sin duda, el reconocimiento del cristianismo por el *Imperium Romanum* y la fundación de una nueva capital en el Bósforo. Estos dos elementos marcan prácticamente el comienzo del periodo bizantino.<sup>4</sup>

En cierto sentido, la historia bizantina es una fase ulterior de la historia romana; en este orden de ideas el Estado bizantino no es sino la continuación del viejo *Imperium Romanum*. (La palabra 'bizantino', por supuesto, es una expresión muy posterior; no fue usada por los propios bizantinos; ellos se llamaban a sí mismos 'romanos' *ρωμαῖοι*, a su emperador (*Βασιλεὺς Ῥωμαίων*) se le consideraba gobernante romano, sucesor y heredero de los viejos césares.<sup>5</sup>

Los bizantinos se mantuvieron siempre bajo el "hechizo" de Roma, tanto como duró el Imperio. Las tradiciones romanas, particularmente al principio, dominaron el pensamiento político bizantino. El Imperio contenía muchas razas diferentes, unidas todas por la idea de Estado. La relación del Imperio hacia el mundo exterior estaba determinado por la concepción romana de universalidad. Como heredero de Roma, Bizancio aspiraba a ser el único Imperio y pretendía el control sobre todos los territorios que habían pertenecido originalmente a la *orbis romana* y que ahora formaban parte del mundo cristiano.

No obstante la tenacidad con la que se aferraba a la herencia romana, Bizancio se alejaba irremisiblemente de los moldes originales del mundo romano. En cultura y en lenguaje los elementos griegos ganaban terreno. Al mismo tiempo, la influencia de la

<sup>3</sup> Vid.: Gaudemet, Jean, *Institutions de l'antiquité*, París, Sirey, 1987, pp. 661-663.

<sup>4</sup> Vid.: Ostrogorsky, *HBS*, cit., p. 28.

<sup>5</sup> Vid.: *Ibidem*.

Iglesia en la vida de Bizancio crecía sin cesar. Al tiempo en que el imperio bizantino llega a su fin, no tiene nada en común con el antiguo imperio romano, salvo su nombre y las pretensiones heredadas.

Como quiera que sea, durante su primer periodo el imperio bizantino es aún imperio romano; toda su vida está marcada con elementos romanos. Los tres primeros siglos Bizancio muestra una típica era de transición. Durante este periodo la antigua vida romana cedió gradualmente su lugar a los nuevos elementos bizantinos.<sup>6</sup>

Bizancio, sin duda, se origina en la crisis del siglo III. Las dificultades económicas de tal periodo tuvieron efectos particularmente desastrosos en la mitad occidental del imperio. La *pars orientalis* resistía mejor. Este hecho fue determinante; constituyó el factor que, a la postre, habría de producir la “bizantinización” (*cit venia verbo*) del imperio romano.

La crisis del siglo III marcaría el rompimiento definitivo de la organización imperial con la *civitas* (con la *πόλις*) del mundo antiguo. Las perturbaciones de la crisis introducen en el principado romano el gobierno absoluto, de este modelo se habría de desarrollar la autocracia bizantina. Las viejas instituciones municipales de las ciudades romanas se encontraban en grave deterioro. La magistratura romana cedió rápidamente su lugar a la burocracia bizantina.

Por otro lado, la Iglesia, como poder espiritual del imperio cristiano, ejercía creciente influencia a medida que pasaba el tiempo. Durante este primer periodo el emperador mantenía un control casi ilimitado sobre la Iglesia y, de conformidad con la práctica romana, manejaba la religión de sus súbditos como parte del *ius publicum*. Bizancio vivió frecuentes conflictos entre el poder secular y espiritual, de los cuales la parte imperial salió siempre victoriosa. El antagonismo *imperium vs. sacerdotium* no fue característica particular de Bizancio en este periodo; hubo, en general, una íntima relación entre Estado e Iglesia. Imperio e iglesia ortodoxa habrían de formar una sola entidad política y eclesiástica. Es usual encontrar a los dos poderes actuando en combinación contra cualquier peligro que amenazara con destruir este mundo divinamente ordenado. Un entendimiento de este tipo tiende a colocar a la Iglesia

<sup>6</sup> Vid.: Ostrogorsky, *HBS*, cit., pp. 28-29

bajo la protección directa del poderoso Imperio y, así, la autoridad imperial mantuvo preponderancia sobre la autoridad eclesiástica.<sup>7</sup>

El emperador no era sólo el más importante comandante militar, el juez supremo y el legislador único sino, también, el protector de la Iglesia y de la ortodoxia; símbolo viviente del imperio cristiano que Dios le había confiado.

La civilización bizantina no sólo descendía directamente de la antigüedad, sino que mantenía cercanas afinidades con su tipo de vida. Al igual que en el mundo helénico, los diversos elementos en Bizancio fueron unidos por un tronco cultural común. Ambos mundos tuvieron algo de epigónico y ecléctico, especialmente Bizancio.

Los grandes momentos, y en cierto sentido antípodas del mundo antiguo, Grecia y Roma, germinaron juntos en suelo bizantino. Estado romano y civilización griega fueron unidos para producir un nuevo mundo inextricablemente vinculado con la religión cristiana. Bizancio cristiano no proscribió la enseñanza ni el arte paganos. El derecho romano continuó siendo la base de su sistema jurídico y el pensamiento griego la de su vida intelectual. Los juristas romanos, los historiadores y poetas griegos fueron modelo de los bizantinos más devotos. La propia Iglesia incorporó en sus enseñanzas mucho del pensamiento de los filósofos paganos y usó su acumen intelectual para articular la doctrina cristiana. La tenaz presencia de los logros clásicos fue un manantial de fuerza para el imperio bizantino. Enraizado en la tradición griega, Bizancio se mantuvo por mil años como el más importante centro de cultura y enseñanza; arraigado en los conceptos romanos de gobierno, su imperio tuvo un lugar predominante en el mundo medieval.<sup>8</sup>

### 3. *Las reformas y el desarrollo*

Las importantes reformas de Dioclesiano (? - c 313) fueron concebidas para enfrentar la crítica situación surgida en el siglo III. Diocleciano conservó lo que era de valor de los antiguos sistemas, pero introdujo cambios substanciales. El resultado de su trabajo fue una reorganización radical de toda la administración imperial. Constantino (c280-337) fue responsable del ulterior desarrollo de

<sup>7</sup> Vid.: Ostrogorsky, *HBS*, cit., pp. 29-31.

<sup>8</sup> Vid.: *Ibid.*, pp. 32-33.



la obra de Diocleciano. De estas reformas surge realmente un nuevo sistema, el cual habría de ser la base de la administración bizantina. Los cambios de Diocleciano y Constantino, en lo esencial, configuraron el perfil del longevo Imperio; sus características básicas; autocracia imperial, centralización política y gobierno burocrático se mantuvieron tanto como Bizancio. Los pasos dados por Diocleciano y Constantino fueron, sin duda, dirigidos a reforzar la autoridad imperial y el prestigio que había perdido durante el tiempo del conflicto.

El Imperio era inmenso. Con el propósito de mantener eficacia, el control imperial del territorio fue dividido. Los augustos tendrían control sobre la parte oriental o la parte occidental del Imperio. Cada uno tendría bajo su mando un César vinculado a él no por los lazos de la sangre, sino por adopción; un César escogido sólo por sus cualidades personales. A la muerte de un Augusto el César tomaría su lugar y un nuevo César sería nombrado. No obstante las interminables guerras civiles que este esquema causó, la división administrativa se consolidó. La organización civil y la militar, así como la administración central y provincial, fueron cuidadosamente separadas, se crean departamentos coordinados y controlados por el emperador, quien se mantuvo en el vértice de la jerarquía burocrática. Toda la maquinaria burocrática era dirigida desde el centro. La organización del gobierno provincial de Diocleciano acabó con la preeminencia de Italia y barrió con la distinción entre provincias imperiales y senatoriales. Desde entonces, la administración de toda provincia se encontraba bajo el control imperial. Italia misma fue subdividida en provincias y sometida a tributación al igual que el resto del Imperio. Esto multiplicó en más de cien el número de provincias. Diocleciano dividió también el Imperio en doce diócesis las cuales habrían de incrementarse a catorce. Finalmente Constantino dividió el Imperio en prefecturas compuestas cada una de varias diócesis de un considerable número de provincias. Las provincias estaban subordinadas a las diócesis, las diócesis a las prefecturas; todo formando un sistema centralizado y jerárquico de gobierno.

Una nota característica de las reformas administrativas de Diocleciano y Constantino fue la distinción básica entre autoridades militares y civiles. Los asuntos militares se encontraban bajo el control del *dux*. Este sistema fue cuidadosamente extendido a la totalidad de la administración provincial. Inclusive la prefectura

pretoriana que bajo Diocleciano aún conserva su doble competencia civil y militar, pierde su carácter militar bajo Constantino. (No obstante, conservó amplio poder e influencia; su enorme autoridad es un rasgo de la administración bizantina temprana, rasgo que habría de dejar una huella indeleble). La administración civil de una provincia era asunto exclusivo de su gobernador. Los asuntos militares se mantendrán bajo el *dux* que tenía mando sobre una o varias provincias.

Roma y Constantinopla fueron liberadas del control del prefecto pretorio y colocadas bajo sus propios prefectos urbanos los cuales seguían en rango a los prefectos pretorios. El prefecto de la ciudad era el primer miembro del Senado (en alguna manera personificaba lo que quedaba de la vieja tradición republicana de la vida civil); era el único que no vestía ropa militar, sino toga; la marca característica de la ciudadanía romana.

La *eparca* de Constantinopla (*δ ἐπαρχος τῆς πόλεως*) jugó un papel principalísimo en la vida de la capital desde los primeros días de Bizancio. Estaba a cargo de los tribunales; era responsable del mantenimiento del orden; tenía que ver si la ciudad estaba debidamente aprovisionada; controlaba el comercio y la industria y, en su conjunto, la totalidad de la vida económica de la capital.

El más importante funcionario de la administración central en dicho periodo era el *magister officiorum* el que, gradualmente, construyó su autoridad a expensas del prefecto pretorio. El *magister officiorum* tenía el control de todos los *officia* del Imperio que, en la práctica, le daba autoridad sobre toda la administración. Su propio *officium* consistía en el control de los agentes *in rebus*, los cuales actuaban como informadores o correos imperiales reportando todas las actividades tanto de súbditos como de funcionarios. (A mediados del siglo V había más de mil doscientos agentes sólo en la parte oriental del Imperio). El *magister officiorum* era también responsable de la seguridad de la persona del emperador y, por tanto, estaba al mando de la *scholae palatinae* que era la guardia personal del emperador.

Después del *magister officiorum*, el más importante funcionario era el *quaestor sacri palatii* (a partir de Constantino el Grande). Este funcionario estaba encargado de los asuntos judiciales; su trabajo incluía, además, la presentación de proyectos legislativos y el refrendo de los decretos imperiales.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Vid.: Ostrogorsky, *HBS*, cit., pp. 33-37.

Todo lo que estaba en relación con la persona del emperador tendía a crecer en importancia. De ahí el incremento de la autoridad del *sacrum cubiculum*, el cual se ocupaba de la administración de la casa imperial, particularmente de la cámara imperial (*sacra vestis*). El *praepositus sacri cubiculi* era uno de los funcionarios de más alto rango y de mayor influencia. En realidad, cuando un gobernante débil llegaba al trono, el gran chambelán, frecuentemente, era el hombre más poderoso del Imperio.

El Senado (*Σύγκλατος*) de Constantinopla bajo Constantino era, sobre todo, un cuerpo consultivo. En los viejos tiempos del imperio romano el Senado había decaído ante el creciente absolutismo imperial; su influencia decayó aún más en Bizancio. Sin embargo, no desapareció completamente; esporádicamente aparecía en la vida bizantina bajo la gloriosa sombra de su pasado. Aunque enteramente subordinado a la voluntad imperial, el *Σύγκλατος* actuaba como un cuerpo de consulta legislativo y, ocasionalmente, promulgaba los decretos imperiales. El Senado pronunciaba *senatus consulta* a los cuales el emperador podría dar fuerza de ley. Muchas legislaciones fueron leídas en el Senado antes de su promulgación. A instancia imperial, el Senado podría actuar, también, como el más alto tribunal de justicia. En cuanto a su papel en el ceremonial político, su participación más importante ocurría a la sucesión del emperador. El Senado tenía la facultad de escoger el nuevo emperador y ratificaba su elección. El Senado, tenía muy poca influencia durante el tiempo en que el emperador estaba en el trono; sin embargo, la recuperaba esporádicamente cuando el trono imperial se encontraba vacante. (La participación del Senado no era siempre decisiva; el emperador pudo haber designado a su sucesor y coronarlo como coemperador en donde la ratificación senatorial, en realidad, era una mera formalidad.

Los miembros del Senado de Constantinopla eran los sucesores de la clase senatorial romana. Constantino, desde un principio logró llevar a Constantinopla a un gran número de representantes de la vieja aristocracia romana. La admisión al Senado bizantino fue limitado a los funcionarios imperiales de las tres más altas clases sociales: *illustres*, *spectabiles* y *clarissimi*. En general, procedentes de la vieja aristocracia o de la nueva nobleza administrativa, los senadores eran fundamentalmente terratenientes. En ello, conjuntamente con su posición en el servicio imperial, residía su autoridad y no en su pertenencia al cuerpo senatorial.

Además del Senado, el *sacrum consistorium* del *consilium principis*, actuaba como cuerpo consultivo selecto del emperador. Sus miembros, los *comites consistorii*, debían su nombre al hecho de que tenían que mantenerse de pie (*consistere*) en presencia del emperador. *Silentium* era el nombre dado a sus sesiones. Después, este sintomático término se convirtió en el nombre apropiado del consejo imperial (σιλέντιον).<sup>10</sup>

Las reformas de Diocleciano y Constantino restauraron la administración y reforzaron la autoridad del Estado. Sin embargo, la vasta mayoría de la población se encontraba, como antes, en la miseria. La mayor parte de los campesinos eran *coloni* y constituían el soporte principal de la producción agrícola y rápidamente cayeron en servidumbre hereditaria. El sistema tributario de Diocleciano castigó aún más a la población e impidió su desarrollo. La carencia de mano de obra agrícola dio origen a un sistema de gran importancia para las finanzas bizantinas: la *ἐπιβολή* (*adiectio sterilium*). Esta institución se desarrolló en Egipto, su mecanismo es el siguiente: tierra, propiedad del Estado, era asignada a propietarios privados para cultivo obligatorio con el consecuente deber de pagar el impuesto correspondiente. A fines del siglo III este sistema era usado en todo el Imperio; se aplicaba tanto a la tierra ociosa de propietarios privados, así como a la propiedad del Estado asignada.<sup>11</sup>

#### 4. Un nuevo ejército

Diocleciano y Constantino introdujeron cambios fundamentales en la organización militar. En un principio, el ejército consistía, en realidad, en unidades fronterizas. La casi totalidad de su fuerza se encontraba dividida y distribuida a lo largo de las interminables fronteras romanas. Había carencia de tropas móviles, así como falta de reservas militares dentro del Imperio. En esta última categoría existía sólo la guardia pretoriana de Roma. Era claro que este sistema no podía enfrentar las crecientes exigencias militares y, durante los conflictos del siglo III, hubo un completo deterioro. Diocleciano comenzó con reforzar la defensa fronteriza; pero, por razones políticas y militares, creó una sólida fuerza móvil dentro del Imperio, fuerza que operaba como reserva militar

<sup>10</sup> Vid.: Ostrogorsky, *HBS*, cit., pp. 38-40.

<sup>11</sup> Vid.: *Ibid.*, p. 40.

para ser usada ante cualquier peligro externo, así como protección de la autoridad imperial.

El *exercitus comitatensis*, nacido con Diocleciano, es desarrollado por Constantino. Las tropas del *comitatensis* tenían un significado completamente diferente del de la vieja guardia pretoriana, disuelta por Constantino después de la batalla de Milviano. La nueva guardia imperial pronto se convirtió en el núcleo del ejército romano. Constantino no dudó en reforzar los *comitatensis* a expensas de las unidades fronterizas. De esta manera, el *exercitus comitatensis* perdió su carácter original de guardia imperial, sus regimientos fueron distinguidos por los títulos de *palati* y la verdadera guardia imperial se encontraba ahora en la *scholae palatinae*, bajo el control del *magister officiorum*.

Con el establecimiento de una considerable fuerza móvil en el *comitatensis*, los *limitanei*, (efectivos fronterizos) pudieron desarrollar un carácter especial, propio a su acción de defensa. A estos soldados se les daba tierra en propiedad en pago por sus servicios; formaban una clase de pequeños propietarios castrenses cuya tierra proveía tanto el sustento, como los medios de defensa fronteriza. Esto era así, tanto en la Roma clásica como en Bizancio. El ejército se caracterizaba por la presencia, siempre creciente, de elementos bárbaros, particularmente germánicos. A partir del siglo IV bárbaros educados escalaron altos rangos entre los oficiales. Es de notar que la caballería ganó una importancia permanente debido al hecho de que las tácticas militares debían de adaptarse para enfrentar al ejército de los sasánidas, cuya fuerza dependía, en mucho, de tropas montadas.<sup>12</sup>

Ciertamente, el traslado del centro de gravedad del Imperio hacia el Oriente se debió, sobre todo, a los mayores recursos económicos de la *pars orientalis* y a su mayor densidad de población. Pero, también, porque el Imperio enfrentaba graves problemas de defensa, particularmente en el bajo Danubio donde, además de la presión que ejercían los bárbaros en el norte y en el noreste, el rejuvenecido imperio persa, bajo los monarcas sasánidas, era una creciente amenaza. Los sasánidas constituían un oponente mucho más formidable de lo que había sido el vencido reino de los *parthos*. Si los emperadores bizantinos se consideraban herederos de los césares, los monarcas sasánidas se sentían descendientes de los aqueménidas y pretendían gobernar sobre todo el territorio que

<sup>12</sup> Vid.: Ostrogorsky, *HBS*, cit., pp. 42-44.

alguna vez perteneció al viejo imperio persa. El peligro persa se sintió a partir del siglo III. La lucha contra los persas constituyó uno de los más serios problemas políticos y militares que el Estado bizantino tuvo que enfrentar.<sup>13</sup>

## 5. *La Roma del Bósforo*

Diocleciano había reservado para él la parte oriental del Imperio; habitualmente residió en Nicomedia. (La parte occidental la dejó a su coemperador Maximiano). Sin embargo, correspondió a Constantino haber dado al Imperio su centro permanente en el Oriente; reconstruyó la vieja colonia griega de Bizancio en el Bósforo y la elevó al rango de ciudad capital. Esto comenzó en noviembre del 324, inmediatamente después de su victoria sobre Lesimius. El 11 de mayo de 330 la nueva capital, la Roma del Bósforo, era solemnemente inaugurada. Pocas fundaciones estarían destinadas a jugar un papel tan importante en la historia. Por mil años Constantinopla fue el centro político, económico y militar del imperio bizantino, el foco de su vida intelectual y eclesiástica. Fue también un factor de vital importancia en la política internacional y en el desarrollo cultural.

La selección del lugar fue brillante: punto de reunión de dos continentes: bañado por el Bósforo al oriente, por el Cuerno de oro al norte y por el mar de Mármora por el sur. Accesible por tierra sólo por uno de sus frentes, la nueva capital ocupaba una posición estratégica única. Controlaba las comunicaciones entre Europa y Asia, así como la ruta marítima del Egeo al Mar Negro. Rápidamente se convirtió en el centro más importante de intercambio y comercio internacional.<sup>14</sup>

Mientras la nueva capital progresaba, la importancia de Roma disminuía y su población decrecía. Dentro del siglo de su fundación Constantinopla tenía más habitantes que Roma. La nueva capital estaba destinada a tomar el lugar de la vieja Roma y sustituirla como el nuevo centro administrativo del Imperio. Constantino no reparó en gastos en busca del bienestar y esplendor de la nueva capital; pródigo en la construcción de iglesias, enriqueció la ciudad con magníficos edificios y con obras de arte traídas

<sup>13</sup> Vid.: Ostrogorsky, *HBS*, cit., p. 44.

<sup>14</sup> Vid.: *Ibid.*, p. 45.

de todas partes del Imperio. Constantinopla nació con un señalado carácter cristiano y con una población cuya mayoría hablaba griego.

El reconocimiento del cristianismo conjuntamente con la fundación de la nueva capital, inclina definitivamente la victoria de Oriente sobre Occidente.<sup>15</sup>

## 6. *Reconocimiento del cristianismo*

Pocos problemas han sido tan controvertidos como la “conversión” de Constantino. Algunos consideran que el emperador era indiferente al cristianismo, que únicamente decidió ponerlo bajo su protección por razones políticas. Otros piensan que el cambio de la política religiosa imperial se debió realmente a una efectiva conversión. Existen argumentos que sostienen ambos puntos de vista e, incluso, se cuenta con evidencia que respalda una combinación de ambos. Como quiera que sea, es claro que sólo las consideraciones políticas hubieran sido suficientes para determinar la acción de Constantino. Nadie duda, ni siquiera Galerius,<sup>16</sup> su más entusiasta defensor, que Diocleciano había fallado en su política de persecución y que la “orientalización” del Imperio era incompatible con la hostilidad manifestada hacia la religión cristiana. Otro tipo de evidencia hace verosímil la tesis de que Constantino pasó por auténticas experiencias religiosas, cristianas como paganas. Señala Ostrogorsky que la indiferencia religiosa es algo que ciertamente no puede atribuírsele a Constantino. Constantino vivió una época en que los hombres se encontraban absolutamente influidos por cultos de todo tipo. Las religiones eran, en realidad, esencialmente eclécticas; era muy normal ser devoto de diferentes cultos simultáneamente.<sup>17</sup> Constantino, y esto no debe sorprendernos, siguió practicando cultos paganos. Considerar al cristianismo como una sola religión, la única, hubiera sido totalmente extraño e incomprensible en una era marcada por fuertes tendencias eclécticas y, sin duda, le hubiera parecido igualmente extraño al “primer emperador cristiano”. La idea del cristianismo como única fe verdadera, dueña de la verdad, con exclusión de cualquier otra

<sup>15</sup> *Vid.*: Ostrogorsky, *HBS*, cit., pp. 45-46.

<sup>16</sup> Galerius desde 293 influyó en Diocleciano para iniciar la persecución de los cristianos. A la abdicación de Diocleciano (305) se convirtió en Augusto de Oriente; muere en 311.

<sup>17</sup> *Vid.*: Ostrogorsky, *HBS*, cit., p. 47.



creencia, es una actitud que habría de surgir mucho tiempo después de Constantino.

Como quiera que sea, en 312 Constantino se coloca del lado del cristianismo. Desde entonces el cristianismo recibió su protección, continuamente reforzada con el paso del tiempo. De esta manera, el cristianismo adquiere suma importancia para el Estado. Esto se revela claramente cuando el emperador convoca el primero de los concilios ecuménicos que habrían de definir la doctrina y la disciplina de la Iglesia cristiana. El emperador no sólo se limitó a convocar el concilio y a participar en su organización sino tomó parte en sus decisiones. Constantino no era, en realidad, miembro de la Iglesia (fue bautizado en su lecho de muerte), no obstante lo cual, se convirtió en su líder sentando precedente que habría de ser seguido por sus sucesores bizantinos.<sup>18</sup>

Aunque la política religiosa de Constantino trajo beneficios inmediatos para la Iglesia y el Imperio, esta "alianza" inauguró una serie de problemas absolutamente nuevos para el pensamiento y la práctica política.

El cristianismo proporcionó una sólida unidad espiritual al Estado bizantino; asimismo, una justificación moral al absolutismo imperial. La Iglesia, por su parte, recibió, además de generosas donaciones, un fuerte respaldo en su lucha contra sus enemigos. Así, estas dos formidables esferas de influencia se hicieron mutuamente dependientes. Una vez que el Imperio se decidió por el lado de la Iglesia, se hundió en las disputas interminables de los distintos partidos eclesiásticos. La doctrina de la Iglesia, a su vez, se convertía en ideología política. Sin embargo, la política e intereses de la Iglesia no siempre coincidían con las políticas del Estado. En la medida en que los intereses seculares y eclesiásticos no eran en ningún sentido idénticos, el conflicto estaba prácticamente planteado.

El problema del arianismo ilustra muy bien la problemática del naciente imperio cristiano. En realidad, el arianismo no fue el credo cristiano simplemente porque fue condenado por el Concilio

<sup>18</sup> El concilio se ocupaba principalmente de las enseñanzas de Arius, presbítero de Alejandría, cuyo monoteísmo le hacía imposible reconocer la igualdad del Padre y del Hijo o de la divinidad de Cristo. El arianismo fue condenado y se estableció que el Hijo era de la misma substancia *ὁμοούσιος* que el Padre. Fue de esta manera que se adopta una sola formulación del credo cristiano. Esta decisión fue añadida al Segundo Concilio Ecuménico de Constantinopla, celebrado en el año de 381, y fue aceptado como la creencia cristiana. (*Ver*: Ostrogorsky, *HBS*, cit., p. 48).



de Nicea.<sup>19</sup> El emperador que había subestimado a sus oponentes cambió de táctica y obligó a la Iglesia a recibir nuevamente a Arius en el redil. Esto llevó al emperador a enfrentar al clero "ortodoxo", particularmente a Athanasio (c 295-373), el indomable obispo de Alejandría que de exilio en exilio continuó defendiendo la ortodoxia hasta su muerte.<sup>20</sup>

Las disputas doctrinales aumentaron las diferencias entre los hijos de Constantino, ahondando aún más la brecha entre las dos partes del Imperio. Constantius (317-361), gobernante de la *pars orientalis*, abrazó el arianismo. Constantino (317-340), y el joven Constans (323-350), gobernantes de Occidente, se adhirieron al credo de Nicea.<sup>21</sup>

En 343 un nuevo concilio fue convocado en Sárdica, ciudad situada entre los dos hemisferios del imperio; sin embargo, no hubo forma de reconciliar las dos tendencias. La mayor fuerza de Constans, hizo ceder a Constantius obligándose a reinstalar a los obispos ortodoxos que había exiliado. La situación se invierte con la muerte de Constans en 350, muerto en combate contra el usurpador pagano Magnus Magnentius. Constantius, después, en fiera batalla derrota al usurpador en 351. Restaurando con ello la supremacía de la *pars orientalis*, victoria que significaba, por otro lado, el triunfo del arianismo.<sup>22</sup>

La voluntad del emperador era ilimitada tanto en la Iglesia como en el Estado. No obstante la resistencia de Athanasius de Alejandría, el arianismo es proclamado como la religión del Estado en 359 en los sínodos de Sirmium y Rímini.<sup>23</sup>

Las luchas religiosas y las interminables guerras civiles que drenaron la fuerza del ejército romano necesariamente debilitaron la posición del Imperio frente a las fuerzas exteriores. Desde tiempos de Constancio (363-364) la fuerza predominante en la región de Mesopotamia era persa. Joviano (363-364) se vio prácticamente

<sup>19</sup> *Vid. supra*: n. 18.

<sup>20</sup> *Vid.*: Ostrogorsky, *HBS, cit.*, p. 48.

<sup>21</sup> Al igual que Constantius y Constans, los hermanos Valentiniano I (364-375) y Valens (365-378) sostenían ideas religiosas diametralmente opuestas. Valentiniano, gobernante de Occidente, sostenía la doctrina de Nicea; Valens, al frente de la *pars orientalis*, era ariano.

<sup>22</sup> Fue en este tiempo que comenzó la conversión de los godos, un hecho históricamente significativo para la preponderancia del arianismo. Ulfila, quien había traducido la Biblia en godo, fue consagrado obispo en 341 por el ariano Eusebius de Nicomedia y muchas de las tribus germánicas abrazaron el arianismo, credo que siguieron aún después de su proscripción. *Vid.*: Ostrogorsky, *HBS, cit.*, p. 49.

<sup>23</sup> *Vid.*: Ostrogorsky, *HBS, cit.*, pp. 48-49.

en la necesidad de celebrar un tratado de paz con Persia por el cual el Imperio abandonaba sus pretensiones sobre Armenia y sobre una buena parte del territorio de Mesopotamia.

En el norte, el Imperio tenía que controlar los efectos de las migraciones germánicas. La frontera norte de la *pars orientalis* se convirtió en el escenario de luchas interminables. Desde entonces, Bizancio se vio incesantemente comprometido a defender un doble frente: el de los sasánidas en Oriente y el constituido por la continua ola de invasores provenientes del norte y del occidente. Esta lucha duró tanto como duró el Imperio.

La gran crisis fue prácticamente anunciada por las invasiones de Britania por los sajones, los picts y scots, y por las duras batallas contra los alemanni en el Rhin y en el Neckar. La explosión se produce con la aparición de los visigodos en el Danubio, los cuales se establecieron en la diócesis de Tracia. A los visigodos se sumaron los ostrogodos y los hunos. Pronto toda Tracia estaba cubierta por bárbaros. Valens (364-378) quien luchaba contra los persas rápidamente regresó a Constantinopla y en Adrianópolis enfrenta al enemigo. Fue ahí donde el 9 de agosto de 378 tuvo lugar la histórica batalla en la cual los visigodos, con ayuda de los ostrogodos, barrieron las fuerzas romanas. El emperador cayó en combate.

La catástrofe tuvo resultados altamente significativos para el Imperio. Desde entonces las incursiones germánicas presentaban un problema mayor para el Estado romano. La *pars orientalis* los enfrentaría por más de un siglo; la parte Occidental sucumbiría a los invasores.<sup>24</sup>

Derrotar a los godos con las armas parecía del todo imposible; la solución práctica para el Imperio era permitirles un asentamiento pacífico. Esta fue la política seguida por Teodosio (379-395) a quien Graciano (375-383), había proclamado augusto en 379 con *auctoritas* sobre la *pars orientalis*. Una vez que los godos se replegaron detrás de los Balcanes, se concluyó un pacto (*foedus*) con ellos.

Los ostrogodos se establecieron en Pannonia; los visigodos, en el norte de la diócesis de Tracia. Se les garantizó completa autonomía, alta paga por sus servicios militares y excepción impositiva. Fueron enlistados como *foederati* en el servicio imperial. Muchos de ellos, inclusive, escogieron servir directamente al emperador.

<sup>24</sup> Vid.: Ostrogorsky, *HBS*, cit., pp. 51-52.

La política de Teodosio hacia los godos representó una pesada carga financiera, la cual aumentó constantemente. La situación de la gente empeoraba. El sistema de *patrocinium* contra el cual los predecesores de Teodosio habían luchado en vano, se consolidaba en cada rincón del Imperio. Los campesinos estaban económicamente arruinados, aplastados por cargas fiscales, indefensos ante el abuso de los funcionarios del Imperio. Esta fue la razón por la cual se pusieron bajo el patronato de grandes terratenientes los cuales se convertían en sus protectores, despojándose de la libertad que se había convertido en intolerable. A la vuelta del siglo IV el *colonus* era el fenómeno común en todo el Imperio.<sup>25</sup>

La derrota de Valens (378) significó también la derrota del arrianismo. En 381 el Segundo Concilio Ecuménico de Constantinopla selló la victoria de la ortodoxia, confirmó y complementó la doctrina de Nicea, dando al credo cristiano su última formulación. Teodosio fervientemente compartía el credo de Nicea; sostenía la ortodoxia con toda su fuerza y se oponía con el mismo ardor a paganos y a cristianos “heréticos”. Fue durante el reinado de Teodosio que el cristianismo se convierte en religión de Estado y alcanza, en este sentido, el monopolio. Las otras religiones y creencias fueron proscritas.

Una severa crisis amenazaba comprometer la política de Teodosio hacia los godos.<sup>26</sup> Los visigodos se sublevan bajo el liderazgo de Alarico; devastan toda la península balcánica hasta Grecia meridional. Las diferencias existentes entre los dos Estados romanos impidió una defensa efectiva. La paz se logró, pero a un precio elevado; la *pars orientalis* designó a Alarico *magister militum per Illyricum* mientras que el godo Gainas, nombrado *magister militum praesentalis*, entraba en Constantinopla con sus tropas. Bizancio pronto se vio libre de Alarico; marchó a Italia y después de varios ataques en 410 tomó Roma a fuego y espada. La situación de Occidente continuamente se deterioraba. En contraste, desde el inicio del siglo V la *pars orientalis* gozó de una paz considerable.<sup>27</sup>

<sup>25</sup> Véase: Ostrobrorsky, *HBS*, cit., pp. 52-53; Vinogradoff, Paul, “Social and Economic Conditions of the Roman Empire in the Fourth Century”, en *Cambridge Medieval History*, vol. I, 1911, pp. 542 y ss.).

<sup>26</sup> *Vid.*: Ostrogorsky, *HBS*, cit., pp. 54-55.

<sup>27</sup> Teodosio fue educado en España y logró su primer triunfo militar en los Balcanes, éxito que lo llevaría en 379 a ser nombrado augusto con autoridad sobre la *pars orientalis*. Frente a las disputas religiosas entre credos cristianos, Teodosio estableció la doctrina del Concilio de Nicea como la norma universal de la ortodoxia y presidió el Segundo Concilio General de Constantinopla que dicta la fórmula.

## 7. *Pax bizantina*

Durante el tiempo de paz se funda la universidad de Constantinopla y se redacta el *Codex theodosianus* (438). El débil emperador Teodosio II habría de gobernar largamente (408-450), primero bajo la tutela de su severa hermana Pulcheria; luego, sometido a la decisiva influencia de su esposa Athenais Eudocia.<sup>28</sup> Probablemente, la emperatriz fue responsable de que en 425 se reorganizara y ampliara la universidad (institución establecida en tiempos de Constantino el Grande). La reorganización fue de tal alcance que prácticamente se fundó una nueva universidad. Esta institución, el centro más importante de enseñanza del Imperio, tenía diez cátedras de gramática griega y diez de gramática latina, cinco de retórica griega y cinco de retórica latina, una de filosofía y dos de jurisprudencia.<sup>29</sup>

Otro evento tan importante como la reorganización de la Universidad lo constituye la promulgación del *Codex theodosianus*, compilación que muestra una señalada recuperación jurídica. Sin duda es el trabajo más significativo antes de la compilación de Justiniano. El *Codex* es una compilación de *constitutiones* imperiales (desde los tiempos de Constantino) la presencia de un *Codex* hacía de la legislación imperial la fuente por excelencia del derecho bizantino. El *Codex* eliminaba la posibilidad de error en los pronunciamientos jurídicos por falta de una colección oficial de *constitutiones*.<sup>30</sup>

Después de que la *pars orientalis* impuso a Valentiniano III (425-455) en Occidente, hubo un largo periodo de paz entre los dos hemisferios del Imperio. Sin embargo, su mutuo alejamiento se hizo cada día más manifiesto. Política y culturalmente las dos partes del Imperio siguieron caminos propios y se desarrollaron según patrones diferentes. Un dato significativo de esta creciente brecha era la cada vez mayor divergencia de idioma. En Occidente el cono-

Enfermo en campaña decidió la sucesión del Imperio dejando a Honorius como gobernante de Occidente y a Arcadius en Oriente. Teodosio muere en Milán en 395. Arcadio habría de gobernar hasta 408 en que Teodosio II es hecho emperador.

<sup>28</sup> Esta emperatriz es el vivo ejemplo de la simbiosis que opera en Bizancio entre cristianismo y cultura clásica. La emperatriz durante toda su vida se mantuvo vinculada a la tradición cultural de su ciudad natal y, sin embargo, fue ferviente seguidora de la nueva fe.

<sup>29</sup> Vid.: Ostrogorsky, *HBS*, cit., pp. 55-56; Bréhier, Louis, "Notes sur l'histoire de l'enseignement supérieur à Constantinople", en *Byzantium. Revue des études byzantines*, Vol. III, 1926, Bruselas, pp. 82 y ss.).

<sup>30</sup> Vid.: Ostrogorsky, *HBS*, cit., p. 56.

cimiento del griego es prácticamente nulo. En Oriente el latín cede su lugar al griego (como lengua oficial su existencia había sido artificialmente prolongada). La helenización del Imperio se incrementó fuertemente durante el reino de Teodosio II y de Athanasius Eudocia.

En tanto, la parte occidental del Imperio estaba sumida en el caos. En la vieja ciudad imperial, espoléada por los invasores bárbaros, aún se erguía la Iglesia romana, la cual habría de hacer de Roma el centro espiritual de Occidente. Mientras las invasiones de los hunos arrasaban y Roma era saqueada por los vándalos, en medio de la desesperada confusión y de la desintegración política, el Papa Leo (440-461), afirmaba la primacía de la iglesia romana. En los conflictos doctrinales del siglo V, que al mismo tiempo eran contiendas por el poder entre los grandes centros eclesiásticos, Roma protagoniza una parte principalísima.

Las disputas teológicas determinaron decisivamente el curso de los acontecimientos en el Imperio bizantino. Como respuesta al arrianismo la Iglesia formuló la doctrina de la completa consubstancialidad entre la divinidad del Hijo y la del Padre. Ahora la cuestión era la relación de las naturalezas divina y humana de Cristo. La escuela Teológica de Antioquía predicaba que dos naturalezas separadas coexistían en Cristo. El instrumento escogido por la divinidad era Cristo, el hombre nacido de María de ahí la afirmación de que María no era la madre de Dios (*Φεοτόκος*) sino la madre de Cristo (*Χριστοτόκος*). En clara oposición, la concepción mística de la escuela de Alejandría enseñaba que Dios se había hecho hombre y en él las naturalezas divina y humana se encontraban unidas. En 428 Nestorius, defensor del credo de Antioquía, es designado patriarca de Constantinopla y usa su autoridad para propagar la cristología antióquena. Sin embargo, tanto como teólogo que como político fue superado por mucho por su formidable oponente: Cirilo, patriarca de Alejandría. Los monjes egipcios, cuerpo eclesiástico impresionante, sostuvieron a Cirilo. Roma también se mantuvo de su lado. Nestorius gozaba del respaldo del emperador; no obstante lo cual fue derrotado en el Tercer Concilio General de Éfeso (431) y condenado como "herético". Cirilo había obtenido una victoria decisiva como teólogo y político; vencido el patriarca de la capital imperial, tomó inmediatamente el liderazgo de la iglesia oriental. (El patriarca de Alejandría había logrado autoridad y prestigio desde los días de Athanasio el Grande y ahora con Cirilo alcanzaba la cúspide del poder).

Cirilo muere en 444. La primacía de Alejandría fue mantenida por Dioscorus, su sucesor, y por Eutyches, representante de la facción alejandrina en Constantinopla. Aunque en principio el gobierno imperial parecía haber aceptado su derrota, pronto las sedes de Constantinopla y Roma hicieron causa común contra Alejandría. Ciertamente, Dioscorus y Eutyches eran fieles seguidores de la política de Cirilo, pero en cuanto al credo fueron mucho más allá. Sostenían que las dos naturalezas de Cristo con la Encarnación se convirtieron en una sola, única, naturaleza divina. De esta manera nace el monofisismo. El sínodo en curso en Constantinopla (el *συνodus ἐνδημοῦσα*) condenó a Eutyches como herético y el Papa Leo publica en su famoso *tome* en que declara que Cristo encarnado era una sola Persona en la cual dos naturalezas perfectas podían distinguirse. (El credo alejandrino aún obtuvo un triunfo en el Concilio de Éfeso en 449; bajo la presidencia de Dioscorus supera todas las oposiciones y consagra el monofisismo.<sup>31</sup>)

A la muerte de Teodosio II (450) el emperador Marciano (450-457), convoca al Cuarto Concilio Ecuménico en Calcedonia. En este concilio, celebrado en 451, se formula la doctrina de las dos naturalezas perfectas e indivisibles pero separadas de Cristo. En él se condena tanto a monofisistas como a nestorianos. Su propio dogma mantuvo un punto intermedio entre las dos corrientes: la salvación viene a través de un ente que es al mismo tiempo Dios perfecto y hombre perfecto.<sup>32</sup>

Constantinopla venció, no sólo en cuanto a la formación del dogma sino, también, en cuestiones de política eclesiástica. Ciertamente, su preeminencia había sido ya reconocida en el Segundo Concilio Ecuménico (381) cuyo canon tercero establecía que después del papa de Roma, el obispo de Constantinopla era la más alta autoridad. El canon 28 de Calcedonia cambia la prelación. Reconocía una primacía honorífica del papa, pero establecía la completa igualdad entre la vieja y la nueva Roma.<sup>33</sup> De esta forma, el antagonismo entre los dos centros eclesiásticos de poder fue claramente establecido.

La victoria de Constantinopla trajo, sin embargo, problemas para el Imperio. Los cánones de Calcedonia abrieron la brecha entre

<sup>31</sup> *Vid.*: Ostrogorsky, *HBS*, *cit.*, pp. 58-59.

<sup>32</sup> *Vid.*: *Ibid.*, pp. 59-60.

<sup>33</sup> Mansi, J.D., *Sacrorum conciliorum nova et amplissima collectio*, Florencia, 1769.

la capital bizantina y las provincias orientales. Egipto y Siria sostenían el monofisismo y, consecuentemente, repudiaban la doctrina de Calcedonia. El conflicto entre el diofisismo de la iglesia de Constantinopla y el monofisismo de las iglesias orientales se convierte, así, en el problema central de las políticas eclesiástica y secular del Imperio Bizantino. El monofisismo sirvió como instrumento de la política separatista de Egipto y Siria.<sup>34</sup>

El emperador Leo I (457-474), sucesor de Marciano, parece haber sido el primer emperador en recibir su corona del patriarca de Constantinopla. Sus predecesores, no obstante su devoción cristiana, se habían contentado con seguir la tradición romana. La innovación es significativa a la luz de la sólida posición política lograda por el patriarca en el último concilio ecuménico. Desde entonces todos los emperadores bizantinos habrían de ser coronados por el patriarca. Pronto, la coronación adquirió el carácter de una consagración religiosa. Así, un ceremonial religioso fue agregado a la vieja, secular, coronación romana llena de rasgos militares. Poco a poco el ceremonial religioso habría de superar a los viejos ritos castrenses.

Con el emperador Leo I surge el predominio de los isaurios; su ascenso trajo un cambio general en la política del Imperio. Dice Ostrogorsky que en su intento por curarse la presión germánica, el sufrido imperio tuvo que tragar el antídoto isaurio. El antídoto funcionó, pero los isaurios constituían una poderosa sobredosis que afectó gravemente la salud de todo el Imperio.<sup>35</sup>

Culturalmente los isaurios se encontraban en un nivel aún más inferior que el de los godos, quienes habían aprovechado su contacto con el mundo grecoromano. Sin embargo, los isaurios eran

<sup>34</sup> *Id.*: Ostrogorsky, *HBS, cit.*, p. 60.

<sup>35</sup> Leo I, y en menor medida Marciano, debían el trono a la habilidad e influencia de Aspar. Leo decidido a liberarse de la tutela de Aspar y de los ostrogodos, recurrió a los belicosos isaurios. El jefe isaurio Tarasicodissa llegó a la capital con imponente fuerza, adoptó el nombre griego de Zenón y esposó a Adriadne, hija mayor del emperador. Este alejamiento de Aspar trajo como consecuencia un cambio en la política imperial. En un resurgimiento de Aspar su hijo Patricio recibió la mano de la segunda hija del emperador y, no obstante su origen extranjero y su arianismo, fue hecho César. En 471 Aspar y su hijo Arnabour fueron asesinados. Patricio, que había escapado gravemente herido, fue divorciado y privado de su posición de César. Zenón tomó nuevamente control y la influencia isauria devino predominante. Cuando Leo I murió en 474 fue sucedido por su nieto León II, hijo de Zenón y de Ariadne, con Zenón como co-emperador. En el otoño de ese mismo año el niño murió y Zenón el isaurio, se convirtió en el único titular del trono de Constantinopla. (*Id.*: Ostrogorsky, *HBS, cit.*, pp. 61-62).



súbditos imperiales y, por tanto, no se les podía aplicar el predicado 'bárbaros', en el sentido originario de la palabra. Como quiera que sea, para los bizantinos los isaurios eran considerados extranjeros y el régimen isaurio provocó tanta oposición como la que había originado la influencia germánica bajo Aspar.<sup>36</sup>

No obstante los interminables complots y la enconada guerra civil, Zenón logró guardar su trono hasta 491. Durante este periodo cae definitivamente la parte occidental del Imperio. Zenón no tenía más alternativa que aceptar el *fait accompli*. La decisión fue relativamente fácil, toda vez que Odoacer, leal y abiertamente, reconoce la supremacía del emperador de Bizancio. A este nuevo gobernante de Italia se le crea el cargo de *magister militum per Italiam*. De esta forma, Odoacer gobierna este territorio como vicario del emperador. Aunque las apariencias fueron salvadas, en realidad, como bien señala Ostrogorsky, Italia se perdió para el Imperio. Al igual que el resto de Occidente, Italia cayó bajo el dominio germánico.<sup>37</sup>

A diferencia de lo que había ocurrido en Occidente, en la parte oriental del Imperio la presencia germánica había sido pronto controlada. La eliminación de Aspar (471) había sido el primer paso. Aún existían fuertes destacamentos de ostrogodos en los Balcanes bajo Teodorico Strabo y en la prefectura de *Illyricum* bajo Teodorico el Amal. En cierto momento los jefes germánicos sirvieron en el ejército imperial; después ocuparon los más altos puestos como funcionarios del Imperio. El paso siguiente fue tomar las armas contra el gobierno imperial. Los germánicos participaron en todas las guerras civiles. En todas las luchas de facciones fueron frecuentemente el factor decisivo. (De esta manera Justino, tío y predecesor de Justiniano, llega al poder). El Imperio se libró de Teodorico Strabo a su muerte, en 484. Cuatro años después, Bizancio concibió tortuosa maniobra para liberarse de Teodorico el Amal. Bizancio le sugiere que se movilice hacia occidente y elimine a Odoacer. La formidable lucha entre estos dos líderes germánicos terminó con la victoria de Teodorico, quien destrozó a su rival

<sup>36</sup> En enero de 475, meses después de su coronación una conspiración priva a Zenón de su trono, pero sus promotores no pudieron encontrar mejor substituto que Basilio (475-476). Basilio fue Comandante de las tropas expedicionarias en África, enviadas para someter a los vándalos, aventura que se convirtió en un verdadero fracaso debido, en mucho, a la absoluta incompetencia de Basilio. Zenón fue reinstalado como emperador después de 20 meses de trono vacante. (Vid.: Ostrogorsky, *HBS, cit.*, pp. 61-62).

<sup>37</sup> Vid.: Ostrogorsky, *HBS, cit.*, pp. 62-63.



con sus propias manos y tomó el control de Italia en 493. De esta manera se fundó en Italia el reino de Teodorico el Grande.

Haberse liberado de los germánicos, no proporcionó una solución final al problema de estabilidad. Mientras la influencia de los isauros fuera predominante, la estabilidad del poder imperial era más que precaria. El pueblo isauro se sentía un Estado dentro del Estado. El Imperio se convirtió en el escenario de luchas sangrientas entre los diferentes jefes isaurios. Cuando uno llegó al poder los demás intentaron privarle de la corona. Por muchos años Zenón entabló una guerra regular contra su antiguo general Illus y contra su compatriota Leontius.

Los problemas religiosos seguían sin resolverse. El monofisismo, proscrito en Calcedonia, ganaba terreno en las provincias orientales con lo que se ahondaba la brecha entre ellas y el poder central. Basilio se puso del lado de los monofisistas y mediante una “encíclica imperial” canceló los cánones de Calcedonia y el *Tome* de Leo. Esto provocó gran resentimiento en los círculos ortodoxos, precipitando su caída.<sup>38</sup>

Zenón intentó reconciliar a los monofisistas con los ortodoxos. En 482, con la aprobación de Acacius, patriarca de Constantinopla, publica su *Henoticon* o edicto de unión en el cual se reconocían las decisiones de los tres concilios ecuménicos. Sin embargo, la cuestión crucial se evadía. Pronto fue claro que un compromiso sobre cuestiones religiosas era imposible. El *Henoticon* no satisfacía a los seguidores de Calcedonia ni tampoco a los monofisistas. En vez de dos, ahora existían tres facciones en conflicto. El papa llanamente repudió el *Henoticon* y excomulgó al patriarca de Constantinopla. En respuesta, el patriarca eliminó el nombre del papa del *Diptychs* provocándose así un sismo entre Roma y Constantinopla, el cual habría de durar por más de treinta años.

Cuando muere Zenón (491), el pueblo de Constantinopla gritaba a la viuda: ‘dénle al Imperio un emperador ortodoxo’, ‘dénle al Imperio un emperador romano’. Las dos problemáticas cuestiones del momento: la religiosa y la racial estaban en efervescencia. En Constantinopla no deseaban ser gobernados más por extranjeros de fortuna, ni mucho menos por “heréticos”. La selección recayó en el anciano Anastasius, quien habría de gobernar hasta 518 y cuya cuidadosa administración financiera habría de enriquecer el tesoro imperial.

<sup>38</sup> Vid.: Ostrogorsky, *HBS*, cit., pp. 63-64.

El acceso de Anastasius I terminó con la influencia isauria. Anastasio entabla una guerra sistemática contra ellos hasta su destrucción en 498. Empero, el problema religioso se hacía cada vez más agudo. Cuando accede al trono, Anastasio, por petición del patriarca, hizo una profesión de fe en favor de la ortodoxia, no obstante ser un ardiente seguidor del monofisismo. Sin embargo, su política eclesiástica gradualmente tendió hacia el monofisismo llegando a un abierto respaldo a sus tesis. Esta política produjo honda satisfacción a los monofisistas copts y sirios, pero fue amargamente resentida por los bizantinos ortodoxos. La administración de Anastasio fue escenario de una serie de revueltas y guerras civiles. El descontento fue agravado por la opresión administrativa, el pueblo se encontraba en ansiedad constante y la lucha entre los *demes*<sup>39</sup> se hizo cada vez más sangrienta.

La política económica de Anastasio favoreció el comercio y la industria. En cuanto a la religión, el emperador era monofisita, aclamado por los verdes, y fuertemente atacado por los azules. La animadversión de los azules era cada vez más violenta. Una y otra vez los edificios públicos eran incendiados y las estatuas imperiales echadas a tierra. En el Hipódromo se sucedían demostraciones hostiles contra la sagrada persona del emperador. El viejo Anastasio era insultado e incluso apedreado. En 512 estalló una rebelión en Constantinopla contra la versión monofisista del Trisiagón (la 'trinidad' en liturgia) que casi le cuesta el trono a Anastasio. La crisis

<sup>39</sup> Las facciones bizantinas de los azules y de los verdes, los *demes*, eran organizaciones con propósitos políticos y no meramente deportivos. Sin duda, se asociaban con los partidos del viejo circo, de ellos tomaron sus nombres y colores. Pero el Hipódromo de Constantinopla, como el foro en Roma o el ágora en Atenas, era también el lugar donde se hacían manifiestas las ideas políticas. Los partidos populares de los verdes y de los azules, cuyos líderes eran designados por el gobierno, tenían funciones públicas importantes. Estrictamente hablando, los *demes* eran secciones de la población ciudadana organizada como una milicia urbana. Los *demes* existían en todas las grandes ciudades del Imperio.

No es cierto que los azules fueran la facción aristocrática y que los verdes la facción sostenida por las clases sociales bajas. En general, todo el pueblo se encontraba repartido en estas dos facciones. Ciertamente, los azules tendían a designar a sus líderes de entre los terratenientes de la clase senatorial, aristócrata, grecorromana; los verdes los elegían de entre los representantes del comercio y de la industria, así como de entre aquellos que realizaban servicios en la corte imperial o en la administración financiera, los cuales, habitualmente, provenían de las provincias orientales del Imperio. De esta forma, los azules normalmente defendían la ortodoxia y los verdes favorecían el monofisismo y otras "herejías" orientales. En los *demes* sobrevivía algo de la libertad tradicional de las antiguas ciudades. (Vid.: Ostrogorsky, *HBS*, cit., pp. 66-67).

llegó a su extremo con la revuelta de Vitalian el comandante en jefe de Tracia, que desde 513 había avanzado tres veces con su flota y ejército hasta las mismas murallas de Constantinopla.<sup>40</sup>

## II. LA RESTAURACIÓN DE JUSTINIANO

### 1. *La herencia romana y el imperio universal*

La *pars orientalis*, con más recursos económicos y mayor densidad de población, sobrevivió la crisis que hizo naufragar a la parte occidental del Imperio. Ciertamente, ésta no resultó incólume; experimentó los horrores de las invasiones bárbaras y por más de un siglo sufrió la presencia omnipotente de elementos extranjeros en la administración y en el ejército. Como quiera que sea, al inicio del siglo VI, la *pars orientalis* había resuelto sus problemas raciales y estaba en situación de conducir una política más agresiva e intentar recobrar los territorios perdidos de Occidente.

La idea de la unidad del Imperio persistía firmemente no obstante las conquistas germánicas en Occidente. La concepción de universalidad del dominio romano persistía sólidamente arraigada. El emperador bizantino era aún considerado la cabeza del *orbis romanus* (y, por supuesto, de la *οικουμένη* cristiana). Los territorios del viejo *imperium romanum* le pertenecían de forma inalienable, a perpetuidad, aun cuando éstos se encontraran bajo el control de hordas bárbaras. Esta concepción se mantenía, en mucho, debido a que los mismos reyes bárbaros reconocían la supremacía del emperador romano y ejercían su poder como sus vicarios.<sup>41</sup>

Era obligación natural del emperador recobrar la herencia romana. Más aún, era misión sagrada del emperador liberar el territorio romano del yugo de los invasores bárbaros y de su arianismo herético para restaurar, no sólo las antiguas fronteras, sino dar curso al plan divino y consolidar un único imperio romano cristiano ortodoxo.<sup>42</sup> Hacia estos fines estaba orientada toda la política de Justiniano. Justiniano gobernó de 527 a 565, aunque de hecho,

<sup>40</sup> Vid.: Ostrogorsky, G., *HBS*, cit., pp. 67-68.

<sup>41</sup> Odoacer y Teodorico el Grande gobernaban con el título de *magister multorum* y sus monedas mostraban el cuño y nombre del emperador. Vid. *supra*: *La idea imperial. La leyenda de Roma*.

<sup>42</sup> Vid.: Ostrogorsky, G., *HBS*, cit., pp. 68-69.

ya había sido directamente responsable de la política imperial bajo Justino I (518-527).<sup>43</sup>

Con Justiniano se produce el rompimiento con la política monofisista de Anastasio y se restauran las relaciones eclesiásticas con la iglesia de Roma (esencial para la realización, de sus políticas ambiciosas en Occidente). Justiniano, hijo de un campesino de los Balcanes, fue uno de los más cultos y letrados hombres de su época; testimonio del poder civilizador de la capital bizantina. La grandeza personal de Justiniano se muestra por la amplitud de sus objetivos políticos, de su alta capacidad y de su polifacética vocación. La restauración de un imperio romano universal era el sueño permanente de Bizancio. Este sueño encontró su expresión más grande en la obra de restauración de Justiniano.<sup>44</sup>

## 2. *Las conquistas y sus peligros*

En 533 Belisarius (c 505-565), victorioso sobre los persas en Daras (530) partió a África con una escogida fuerza expedicionaria. Ciertamente, los días de Gaiseric y del poder vándalo habían pasado. El bravo Belisario obtuvo control del reino vándalo en un breve tiempo. Derrotado en *Decimun* y en *Iricamarum*, el rey Gelimer se rinde. En 534 Belisario entraba triunfalmente en Constantinopla. Al año siguiente, Belisario comenzó operaciones contra los ostrogodos de Italia. Mientras un ejército bizantino penetraba en Dalmasia, Belisario tomó Sicilia e irrumpió en Italia. Nápoles y Roma cayeron sucesivamente. Sin embargo, la resistencia se fortaleció y Belisario fue sitiado en Roma. Con grandes dificultades pudo romper el sitio y seguir hacia el norte donde capturó Ravena y sometió a Vitiges, rey de los ostrogodos a quien, como a Gelimer, lo llevó prisionero a Constantinopla (540). Los ostrogodos se rehicieron bajo el liderazgo de Totila. Belisario sufre varios reveses; sus victorias previas parecían en peligro. Narses (c 478-c. 573), hábil estratega, rompió la resistencia del enemigo después de dura batalla (555). El país estaba a los pies de Justiniano, pero después de veinte años de guerra.

<sup>43</sup> Justino nació en Taurecium (probablemente en la región de Naissus); habiendo entrado en el ejército imperial llegó a oficial de alto rango y, finalmente, llegó a ser comandante de los *excubitores*. A la muerte de Anastasio fue coronado emperador.

<sup>44</sup> *Vid.*: Ostrogorsky, G., *HBS*, cit., pp. 69-70.

La conquista fue completada a costa de los visigodos. Rápidamente los bizantinos ocupan el sureste de la Península Ibérica (554). Parecía que el viejo imperio volvía a nacer. Gran parte del antiguo territorio romano aún no había sido recuperado, pero Italia, la mayor parte del norte de África y parte de España con las islas mediterráneas se les habían arrancado a los bárbaros y se encontraban bajo el cetro del emperador romano de Constantinopla. El Mediterráneo volvía a ser mar romano, en este caso, mar bizantino.

Estos éxitos, tan extraordinarios como hubieran podido ser, habían sido obtenidos a un costo muy elevado. Las campañas en Occidente habían traído como consecuencia el peligroso descuido de las fronteras del Danubio y un negligente abandono de la defensa contra los persas.<sup>45</sup>

El descuido de los Balcanes trajo consecuencias fatales para el imperio bizantino. No bien habían terminado las migraciones germánicas, cuando nuevas tribus aparecieron en las fronteras. Tribus eslavas, aliadas con los búlgaros, realizaron continuas incursiones. Las grandes guerras de conquista en África y en Italia drenaron al Imperio de los recursos necesarios para la defensa de los Balcanes. Ciertamente, Justiniano había construido una formidable red de fortificaciones en Europa y en Asia. En los Balcanes Justiniano había hecho erigir un conjunto de defensas detrás de la ribera del Danubio. Pero, no obstante la solidez de las fortificaciones, éstas eran inútiles sin tropas suficientes para mantenerlas. Los eslavos saqueaban la península balcánica mientras los ejércitos bizantinos celebraban sus victorias en el lejano Occidente.<sup>46</sup>

Los peligros externos fueron acompañados por perturbaciones domésticas severas. En 532 surge una grave contienda entre el gobierno autocrático central y los *demes*: la revuelta de Nika. Bajo el emperador Justino I, Justiniano se había opuesto a los verdes, los cuales habían favorecido a Anastasio. Justiniano tomó el partido de los azules, adeptos a su política eclesiástica. Una vez en el

<sup>45</sup> En 532 Justiniano había celebrado un tratado con el rey persa Chosroes I de un tributo a Persia. Esto permitió a Justiniano concentrar su política en Occidente. Sin embargo, en 540 Chosroes viola la "paz sempiterna", ataca Siria, destruye Antioquía y penetra hasta la costa. En el norte, los persas saquearon Armenia y tomaron posesión de Lázcica en la costa Oriental del Mar Negro. Acordando el pago de más tributos, Justiniano logró negociar una tregua de cinco años, la cual fue dos veces renovada. En 562 un tratado de paz por cincuenta años fue firmado contra el pago de un tributo nuevamente.

<sup>46</sup> *Id.*: Ostrogorsky, G., *HBS*, *cit.*, pp. 71-72.

trono, Justiniano trató de independizarse de los *demes* y adoptó ásperas medidas dirigidas contra estas facciones ingobernables. Sus medidas represivas afectaron por igual a verdes y a azules. Esta general hostilidad hacia el emperador fue agravada por las pesadas cargas impositivas con las que el pueblo financiaba su política en Occidente. Los *demes* hicieron causa común contra el gobierno central. La revuelta alcanzó proporciones alarmantes. La capital estaba completamente en llamas. Un sobrino de Anastasio I había sido aclamado emperador e investido con la púrpura en el Hipódromo. Justiniano pensó que todo estaba perdido y preparó la huida. La fuga fue impedida por el indomable coraje de la emperatriz Teodora (c 500-548). La situación fue salvada por la determinación de Belisario y los inagotables recursos de Narsés, quien negociando secretamente con los azules deshizo la unidad de los rebeldes. Belisario, por su parte, irrumpió en el Hipódromo con algunas tropas leales tomando por sorpresa a los descontentos. Una terrible masacre puso fin a dicha revuelta. De esta forma, la aristocracia bizantina había derrotado a los *demes*, último remanente de la libertad ciudadana.<sup>47</sup>

El aplastamiento de la revuelta no trajo la ansiada paz. La política de Justiniano de grandes empresas militares se hizo aún más intolerable con las exigencias adicionales que requería su política de edificación.<sup>48</sup>

### 3. La administración

Las medidas administrativas de Justiniano buscaban aumentar el control central. Justiniano abandona la estricta división entre autoridad civil y militar en las provincias introducidas por Diocleciano y Constantino. La unidad era asegurada dando autoridad suprema, en ocasiones, a la autoridad militar, en ocasiones, a la autoridad civil. Estas reformas administrativas no fueron suficientes para ser consideradas como inaugurando un cambio fundamental. En realidad, fueron medidas *interin* y constituyen, más bien, un puente entre la reorganización surgida de las reformas de Dio-

<sup>47</sup> Vid: Ostrogorsky, G., *HBS, cit.*, pp. 72-73.

<sup>48</sup> Muestra impresionante de esa política es Αγία Σοφία la cual se erguía con un esplendor nunca visto; sus cúpulas marcarían una época en la historia de la arquitectura.

cleciano y Constantino y las que habría de producir Heraclius (c. 575-641).<sup>49</sup>

#### 4. La legislación justiniana y la ideología subyacente

Sin duda, el logro más notable y permanente de la época de Justiniano fue la compilación del derecho romano. Bajo la dirección de Triboniano esta impresionante tarea fue realizada en un tiempo sorprendente breve. Primero que nada, fueron conjuntados los edictos imperiales desde el tiempo de Hadriano, un trabajo que debió mucho a las compilaciones anteriores: al *Codex theodosianus* y a las colecciones privadas de los tiempos de Diocleciano, al *Codex gregorianus*, así como al *Codex hermogenianus*. La nueva compilación aparece en 527 como *Codex iustinianus*; la aparición del *Digesto* en 533 constituyó un logro aún mayor. De esta manera, un cuerpo de doctrina conjuntada con antiguos edictos imperiales se convertía en derecho aplicable. El *Codex* justiniano era, sin duda, un avance claro sobre colecciones previas aunque, ciertamente, debe mucho al esfuerzo de trabajos anteriores. El *Digesto* era un trabajo, por mucho, novedoso; era un primer intento para conjuntar en un sistema ordenado los innumerables y, a ve-

<sup>49</sup> Justiniano promovió decididamente el comercio y la industria. Constantinopla era el paso natural que controlaba las rutas de comercio entre Europa y Asia y servía como *entrepôt* para los dos continentes. Sin embargo, no era el tráfico económico con el empobrecido Occidente lo que enriquecía al Imperio Bizantino sino el comercio con Oriente, con China y con India. Bizancio exportaba a Oriente costosas mercancías de sus artesanías sirias, aunque sus exportaciones en ningún sentido compensaban la demanda de lujosos productos orientales, particularmente seda. No era fácil comerciar con China, el tráfico dependía de un arreglo con Persia. Aun en tiempos de paz este "arreglo" acarrecaba gastos innecesarios, provocando un flujo incesante de dinero hacia Persia. La vía marítima a través del Océano Indico se encontraba, también, bajo el control de mercaderes persas que navegaban desde el Golfo Pérsico a Trapobane (Ceylán) a conseguir mercancías llevadas de China. Justiniano trató de establecer una nueva ruta a China dando un largo rodeo por Cherson y Bosporus, en Crimea, cruzando los distritos de Lálica y del Cáucaso. Fue por el comercio de la seda que Bizancio entró por primera vez en contacto con los turcos, cuyo poder se extendía al norte del Cáucaso.

Justiniano también buscaba salvaguardar la ruta marina a la India, a través del mar Rojo. Sin embargo, ni los mercaderes bizantinos ni sus aliados pudieron romper el control persa en el Océano Indico. La ruta terrestre alternativa era no sólo difícil sino peligrosa. Por todo ello, fue una verdadera fortuna para el Imperio Bizantino que sus agentes logaran hayar el secreto de la manufactura de la seda. La producción bizantina de seda creció rápidamente particularmente en la misma Constantinopla, en Antioquía, en Tyro y en Beirut. (Vid.: Ostrogorsky, G., *HBS*, cit., pp. 74-75).



ces, contradictorios *dicta* de los juristas romanos. Al lado del *Codex* y del *Digesto* aparecen las *Institutiones*, libro introducido para ser usados en las escuelas de derecho, compuesto de sumarios y extractos del *Codex* y del *Digesto*. Una colección de *novellae* (i.e. legislación imperial) promulgadas por Justiniano desde la aparición del *Codex* completan la compilación de Triboniano. El *Codex*, el *Digesto* y las *Institutiones* estaban escritas en latín, pero la mayoría de las *novellae* habían sido ya publicadas en griego.

No es este el lugar para señalar los méritos de esta célebre compilación. Con independencia de sus innumerables méritos dogmáticos y técnicos, la “codificación” del derecho romano proporcionaba un refuerzo a la concepción unitaria y centralizada del Estado. Con insuperable claridad y fuerza, el derecho romano, tal y como era presentado por los juristas bizantinos, regulaba todos los asuntos públicos, así como la de los individuos y sus familias. Ciertamente, el *corpus* justiniano no era una repetición mecánica y fiel del viejo derecho romano. Los juristas bizantinos lo habían abreviado y no pocas veces alterado para que pudiera responder a las necesidades de la sociedad bizantina contemporánea, reconciliando esta ideología subyacente con los mandamientos cristianos y las costumbres del Oriente helénico. Si bien es cierto que bajo la influencia del cristianismo el derecho romano se modificó ganando flexibilidad y humanidad, en especial con respecto a la familia, también es cierto que el carácter dogmático de la religión cristiana acarreó la proscripción de todas las demás religiones; ningún otro credo gozaba de protección jurídica.

En cuanto a estructura institucional, la característica más sobresaliente de la legislación justiniana era el énfasis puesto sobre la instancia imperial. Este *corpus* jurídico proporcionaba respaldo prácticamente ilimitado a la autoridad del emperador y tuvo una perdurable influencia en el desarrollo del pensamiento político en el mismo Bizancio y, posteriormente, en el Occidente durante la Recepción. En el imperio bizantino el derecho romano se mantuvo la base de su desarrollo jurídico a través de la historia. El *corpus* justiniano fue el punto de partida para cualquier trabajo futuro en este campo. No fue sino hasta el siglo XI que el derecho romano volvería a Occidente. En este momento el “derecho romano” habría de jugar un papel muy importante, modelando las instituciones de la renaciente Europa.<sup>50</sup>

<sup>50</sup> *Vid.*: Ostrogorsky, G., *HBS*, cit., pp. 76-77.



### 5. Justiniano y la *οικουμενη*

Justiniano, propiamente hablando, fue el último emperador romano que ocupó el trono bizantino. Justiniano es una muestra de la simbiosis y transición bizantinas: gobernante cristiano consciente de su misión romana civilizadora. En su búsqueda por el imperio universal lo guiaban, a la vez, los dogmas cristianos como la concepción romana, ya helenizada, de la civilización. Para Justiniano, como para cualquier bizantino, el *imperium romanum* se identificaba naturalmente con la *οικουμενη* cristiana. El triunfo del cristianismo era una misión tan sagrada como la restauración de la supremacía romana.

Ningún emperador, desde los tiempos de Teodosio el Grande, había invertido tanto esfuerzo como Justiniano en la conversión. Aunque entonces numéricamente los paganos no eran muchos, aún ejercían influencia considerable en la enseñanza y en la cultura. Por ello Justiniano los privó del derecho a enseñar y en 529 cerró la Academia de Atenas, el centro más importante del neoplatonismo. Los académicos expulsados encontraron refugio en la corte del rey persa, llevándose consigo los frutos del saber griego. De esta manera, la vieja cultura cívica había muerto y un largo capítulo de la historia llegaba a su fin. (Ciertamente, la cultura y saber antiguos habían sido ya discriminadamente absorbidos, persistían en las doctrinas cristianas y en las construcciones jurídicas).

En Justiniano la Iglesia encuentra, además de un protector, a un erudito maestro. Aunque cristiano, Justiniano se mantiene romano, para él la concepción de autonomía en la esfera religiosa es completamente extraña. El emperador, entre otros cargos, es *pontifex maximus*. Papas y patriarcas eran considerados y tratados como *súbditos*. Justiniano dirigía los asuntos de la Iglesia como si fueran asuntos de Estado. Aun en cuestiones de creencia y ritual, la decisión final estaba entre sus manos. Justiniano convocó concilios eclesiásticos, escribió tratados teológicos y compuso himnos litúrgicos. Ningún otro emperador, ni antes ni después, tuvo tanta autoridad sobre la Iglesia. El problema eclesiástico grave era el de la actitud de la Iglesia hacia el monofisismo. La política de expansión hacia Occidente hizo necesario un entendimiento con Roma, esto era ya una orientación antimonofisista. Esta tesitura motivó una cada vez más creciente hostilidad de parte de Egipto y de Siria hacia Constantinopla y estimulaba las tendencias sepa-

ratistas de copts y sirios. Parecía claro que la paz en Occidente sólo podría obtenerse a costa de incrementar la oposición con las provincias orientales. Cualquier acercamiento a las iglesias monofisistas de Siria y Egipto significaría no sólo un rompimiento con Occidente sino una ruptura abierta con las provincias bizantinas centrales. Justiniano buscó en vano solución al dilema. En el Quinto Concilio Ecuménico celebrado en Constantinopla en 553 los, así llamados, *Tres capítulos* (los escritos de Teodoro de Mopsuestia, Theodoret de Cyrrihus y de Ibas de Edessa), sospechosos de nestorianismo, fueron condenados. Esto, sin embargo, no pacificó a los monofisistas y los posteriores intentos hechos por Justiniano únicamente incrementaron la tensión en el Imperio.<sup>51</sup>

## 6. El epígono

Por sus logros y consecuencias en todos los órdenes, el imperio de Justiniano constituyó un hito en la historia. Fue la última ocasión en que el viejo *Imperium* mostró su poder y experimentó una resurrección tanto política como cultural. Sus fronteras fueron extendidas hasta abrazar de nuevo el mundo mediterráneo. Su literatura y su arte llevaron a la perfección la vieja herencia clásica dentro de un marco cristiano. Todo esto, sin embargo, fue seguido por un periodo de oscuro ocaso cultural. Justiniano estaba convencido que su reino habría de inaugurar una nueva era, pero, en realidad, marcó la terminación de una época. Justiniano no logró reconstruir el Imperio, su reconquista, no habiendo sido lograda con sólidos cimientos súbitamente se precipitó. El colapso, consecuentemente, fue doblemente desastroso. Rápidamente una a una de las tierras conquistadas cayó en manos de otros invasores. En 568 Italia era invadida por los lombardos. Las posiciones de los bizantinos en España fueron completamente perdidas en 584. En el norte de África el Imperio sobrevive con dificultad hasta las grandes invasiones árabes, pero a costa de una extenuante campaña contra las tribus bereberes. Sin duda, algo quedó, los restos de la obra de Justiniano, proporcionaba, como quiera que sea, argumentos en base a los cuales los bizantinos podían ejercer alguna influencia política hacia Occidente; pero, ciertamente, cualquier intento por restablecer una autoridad universal era cosa del pasado.

<sup>51</sup> *Vid.*: Ostrogorsky, G., *HBS*, *cit.*, p. 78.

La política bizantina tuvo necesariamente que inclinarse de nuevo hacia Oriente. La situación era grave, los sucesores de Justiniano tenían que reconstruir el lastimado prestigio del Imperio. Uno de los principales propósitos de la política exterior de Bizancio durante los años siguientes fue la defensa contra los persas. El sucesor de Justiniano, Justino II (565-578), rehusó pagar al rey persa el habitual tributo, violando el tratado de paz que tanto trabajo costó a Justiniano lograr. El resultado fue un largo estado de guerra que se desarrollaba principalmente en Armenia, región estratégica y económicamente importante y, por siglos, el punto de contención entre los dos imperios. Más que nunca el control sobre Armenia era esencial para Bizancio. Bajo los emperadores Justino II, Tiberius Constantino (578-582) y Mauricio (582-602) la guerra se condujo con éxito variado. Finalmente, conflictos internos en el imperio persa vinieron en ayuda de los bizantinos y el hábil Mauricio pudo tomar ventaja y concluir la guerra favorablemente. Con su ayuda, el joven Chosroes II Parviz, nieto del gran Chosroes ascendió al trono (591) e, inmediatamente, firmó un tratado de paz con los bizantinos por medio del cual una gran parte de la Armenia persa fue cedida a los bizantinos.<sup>52</sup>

Mauricio, emperador de 582 a 602 fue uno de los más célebres de los gobernantes bizantinos; su administración constituye un paso importante hacia la transformación del deteriorado *Imperium romanum* en el nuevo y vigoroso imperio bizantino medieval. La orientalización del Imperio no hizo perder a Mauricio interés por Occidente. Con medidas inteligentes Mauricio aseguró una parte de las posesiones occidentales. Reagrupó lo que quedaba de las conquistas de Justiniano y creó los exarcados de Ravena y de Cartago. Los territorios de África del norte y los recuperados de los invasores lombardos alrededor de Ravena, fueron administrados siguiendo patrones militares. La administración civil, así como la militar, se encontraban bajo la autoridad de los exarcas. Éstos eran la avanzada bizantina en Occidente.<sup>53</sup>

Había paz en Asia y las conquistas de Justiniano (o mejor, lo que quedaba de éstas) estaban protegidas. Sin embargo, la situa-

<sup>52</sup> Vid.: Ostrogorsky, G., *HBS*, cit., pp. 79-80.

<sup>53</sup> Cuando el emperador Mauricio enfermó gravemente en 597 dispuso que su hijo mayor, Teodosius, gobernara en Constantinopla sobre el territorio oriental y que su segundo hijo, Tiberius, gobernara en Roma, sobre Italia y las islas occidentales. La idea de un *imperium romanum*, como puede verse, aún subsistía en los bizantinos. (Vid.: Ostrogorsky, G., *HBS*, cit., pp. 80-81).

ción en los Balcanes era siempre crítica. Las invasiones eslavas habían sembrado el caos en ese territorio. La situación empeoró con la penetración de los ávaros en Europa central. Una poderosa federación de pueblos apareció en Panonian. Desde entonces Bizancio se encontró bajo la creciente presión de los ávaros y de los eslavos en el Danubio medio. Las fortificaciones bizantinas fronterizas, las cuales controlaban los cruces del Sava y del Danubio sufrieron violentos acosos. En 582, después de un largo y amargo sitio, el Khan de los ávaros, Bajan, entró en *Sirmium*. Poco después habrían de caer *Viminacium* y *Singuidunum*. La defensa bizantina había sido rota, ávaros y eslavos devastaban la península balcánica. Al mismo tiempo, tribus eslavas de las riberas bajas del Danubio penetraron más y más en las provincias bizantinas. Irrumpen para entonces las primeras invasiones en Tesalónica. Lo más grave: a partir del último cuarto del siglo los eslavos comenzaron a asentarse permanentemente en los Balcanes.

Bizancio estaba obligado a fortalecer su defensa en los Balcanes. Después de su victoria sobre los persas era posible enfrentar a los eslavos en las regiones del Danubio. De hecho, sólo una extensa y exitosa expedición contra los cuarteles generales de los eslavos, más allá del Danubio, protegería la frontera norte de posteriores ataques y aseguraría al Imperio sus posesiones en los Balcanes. La lucha que habría de decidir su destino comenzó en 592. Los bizantinos parecían actuar bien, repetidamente cruzaron el Danubio y obtuvieron varias victorias sobre los eslavos y los ávaros. Sin embargo, los éxitos aislados hicieron poca impresión en las indomables hordas de eslavos y la guerra prosiguió. Controlar las operaciones en esas partes remotas era extremadamente difícil y el entusiasmo del ejército disminuyó.<sup>54</sup>

La profunda intranquilidad y desasosiego que había embargado al Imperio se hizo presente en el ejército el cual se encontraba en franco desencanto ante la perspectiva de una guerra cuyo final no se percibía. Cuando en 602 se le ordena a las tropas tomar los cuarteles de invierno en el otro lado del Danubio, explotó una revuelta. Phocas (?-610) joven oficial, mitad bárbaro, fue levantado

<sup>54</sup> La pérdida de entusiasmo y la indisciplina militar era un virus latente en todos los rangos. Después del colapso de Justiniano el prestigio del imperio decayó. El Senado, por su parte, recobró algo de su significación política; también el pueblo, a través de sus milicias urbanas (*demes*), volvió a emitir sus opiniones. En el ejército había un serio deterioro de la disciplina, agravada por las reducciones en la paga debido al desorden financiero. (Vid.: Ostroborsky, G., *HBS*, cit., pp. 82-83).

sobre el escudo y llegó a Constantinopla a la cabeza de los soldados amotinados. En ese momento había un levantamiento en la capital y tanto los azules como los verdes se habían rebelado contra el gobierno imperial. Mauricio era destronado y, con la aprobación del Senado, Phocas fue aclamado emperador.<sup>55</sup> Después de diez años, la campaña del Danubio había sido inútil. Así se decidió el destino de los Balcanes. Desde entonces este territorio cayó sin resistencia en poder de los eslavos.<sup>56</sup>

Bajo Phocas (602-620) el decrepito imperio romano tardío estaba en los estertores de su agonía. El reino de terror de Phocas proporcionó el marco en el cual se dieron los últimos toques a la lenta desintegración del Estado y de la sociedad romana. La fiebre revolucionaria que abrazó al Imperio condujo a un reino incontrolable de terror acompañado de sangrientas luchas. El depuesto emperador Mauricio fue ejecutado, después de que sus hijos fueron descuartizados ante sus ojos; ejecución seguida por una ola de matanza indiscriminada dirigida particularmente contra los miembros de las más distinguidas familias con objeto de impedir su oposición. La aristocracia respondió a estas masacres con una serie de conspiraciones, lo cual no trajo sino un mayor número de ejecuciones.<sup>57</sup>

Al final del siglo VI una acalorada controversia había surgido entre Constantinopla y Roma cuando Gregorio I protestó contra el título de 'patriarca ecuménico' que el patriarca de Constantinopla había usado por cerca de un siglo. Mauricio había respondido a esta protesta con considerable frialdad. Phocas, por el contrario, estaba dispuesto a ser más complaciente. Su política conciliatoria hacia Roma culminó con un edicto dirigido al Papa Bonifacio III en el cual reconocía a la Iglesia apostólica de San Pedro como la cabeza de todas las iglesias. La columna erigida en el foro romano con una inscripción alabando al tirano bizantino muestra el favor de que gozaba Phocas en Roma. En Bizancio era odiado cada vez más, particularmente en las provincias orientales en donde su política eclesiástica ortodoxa se había hecho manifiesta con una per-

<sup>55</sup> *Vid.*: Ostrogorsky, G., *HBS, cit.*, pp. 82-83.

<sup>56</sup> Ningún cambio debido a factores externos tuvo mayor importancia para la posteridad del Imperio que la incursión eslava en los Balcanes. Una vez asentados en la península esta penetración daría como resultado el nacimiento de los reinos eslavos independientes sobre lo que alguna vez fue territorio bizantino. (*Vid.*: Ostrogorsky, G., *HBS, cit.*, pp. 81-82).

<sup>57</sup> *Vid.*: Ostrogorsky, G., *HBS, cit.*, p. 83.

secución cruel de monofisistas y judíos. Los verdes, que en un tiempo lo habían apoyado se volvieron contra él con tal hostilidad que prohibieron a sus miembros ocupar cargos. Como los azules sostenían este régimen de terror, el enfrentamiento entre los *demes* alcanzó su más aguda crisis y las flamas de la guerra civil se levantaron en todo el Imperio.

La catástrofe que merodeaba desde años anteriores descendió en el Imperio. En los Balcanes y en Asia había un completo caos militar, el rey persa Chosroes II inicia una campaña para vengar la muerte de Mauricio. El Imperio estaba tan deteriorado por sus perturbaciones domésticas que no existían ni los recursos ni la voluntad para defenderlo. Algún intento de defensa sólo experimentó desgracia tras desgracia. El ejército persa rompió las defensas, tomó el fuerte de Dara en 605; rápidamente penetró en Asia menor y capturó Cesárea. Un destacamento de las fuerzas persas se introdujo hasta Calcedonia. Los eslavos y los ávaros se esparcieron por los Balcanes, no obstante el intento de Phocas de incrementar el tributo que se les entregaba. Todo hacía suponer que el Imperio estaba en el momento de su desintegración. La situación fue salvada por una impresionante acción desde la periferia. El exarca de Cartago, Heraclius, se levantó contra el gobierno tiránico de Phocas y, después de recibir el apoyo de Egipto, envió una flota contra Constantinopla bajo el mando de su hijo, también el nombre Heraclius (c 575-641). En su viaje, las naves tuvieron que atracar en diferentes islas y puertos y el joven Heraclius fue entusiastamente recibido por el pueblo, particularmente por el partido de los verdes. El 3 de octubre de 610 su flota apareció frente a Constantinopla donde fue aclamado como salvador y puso rápido fin al sangriento gobierno de Phocas. El 5 de octubre recibió la corona imperial de manos del patriarca de Constantinopla. Después de la ejecución del tirano, su estatua en el Hipódromo fue echada a tierra y quemada públicamente como un tipo de *damnatio memoriae*.

Los años de anarquía bajo Phocas fueron la última fase en la historia del imperio romano tardío. Durante este tiempo el viejo *Imperium*, el tardío imperio romano (o temprano imperio bizantino) llegó a su fin. Bizancio había de resurgir en una forma esencialmente diferente, capaz de deshacerse de la herencia decadente de la vida política y en posibilidad de obtener nuevas y vigorosas fuentes de poder. A partir de entonces la historia bizantina es,

propiamente hablando, la historia del imperio griego medieval; es con Heraclius cuando este imperio comienza.<sup>58</sup>

### III. DOMINUS MUNDI. LA FUENTE DEL PODER IMPERIAL

#### 1. *Herencia romana y providencialismo*

Entre los bizantinos existía fuertemente arraigada la creencia de que sus instituciones habían surgido de las instituciones romanas a través de un desarrollo continuo y adaptación progresiva, sin que ningún rompimiento se hubiera producido. En la medida en que el derecho privado romano se encontraba en la base de la estructura social de Bizancio y de que las *constitutiones* de los antiguos emperadores proporcionaban el fundamento del derecho del Estado, los bizantinos estaban plenamente conscientes de esta herencia. Ciertamente, esta herencia era más bien mítica y, en muchos casos, ficticia. Sin embargo, la insistencia en esta descendencia es una muestra del grado en que los bizantinos creían en ella. De todo ello se sigue que el soberano que reina en Constantinopla puede reivindicar el título de emperador romano y sólo sus súbditos tienen el derecho de llamarse 'romanos' (*ῥωμαῖοι*). Este orgullo por la tradición romana explica la creencia en la misión providencial y civilizadora del Imperio.<sup>59</sup> De ahí resulta que los "derechos" del Imperio son imprescriptibles, el Imperio conserva su dominio sobre todos los territorios que guerras desafortunadas le arrancaron; sus dominios deben un día confundirse con los límites del mundo.

Esta es la concepción del Imperio que prevalecía en Bizancio, concepción que explica el carácter suprahumano del poder imperial. Si la existencia misma del Imperio es la expresión de la voluntad divina, *a fortiori*, igualmente providencial, es el hombre la institución imperial. Fueron los dioses los que propiciaron la que gobierna. Esta concepción remonta a los orígenes mismos de designación de Octavio para poner fin a la guerra civil. Condición

<sup>58</sup> Ciertamente, el imperio bizantino medieval continuó influyendo en el desarrollo de Occidente. A este propósito véase el trabajo de Bryer, Anthony, "The First encounter with the West-A.D. 1050-1204" y el de Gill Joseph, S.J., "The Second encounter with the West-A.D. 1204-1453", ambos en Whitting, Philip (Ed.), *Byzantium. An Introduction*, Oxford, Basil Blackwell, 1981.

<sup>59</sup> *Vid.*: Bréhier, L., *Les institutions de L'Empire byzantine*, Le Monde Byzantine II, París Albin Michel, 1970 (L'Évolution de l'Humanité), pp. 11-13.



similar tiene la designación de Trajano quien hizo reinar la *pax romana* y la justicia; así, Marco Aurelio, Diocleciano, etcétera. Constantino, por su parte, fue el elegido para introducir en el Imperio el reino de Cristo. La teoría bizantina no es más que la transposición (en lenguaje cristiano) de la doctrina pagana del superhombre, que deriva, como bien señala Louis Bréhier, de los tiempos helénicos.<sup>60</sup>

Fue este carácter providencial del poder imperial el que explica la ausencia de una regla de sucesión del trono imperial tanto en Roma como en Bizancio. El Imperio es una institución humana regida por la Providencia. Y, ciertamente, el hombre no puede gobernar la Providencia. "No existe órgano constitucional que represente la voluntad divina".<sup>61</sup>

Existen ciertamente prácticas y rituales que permiten investir del poder imperial a aquel que *à tort ou raison* se le cree designado por confabulación divina. La voluntad de los dioses se manifiesta, sobre todo, a través de la aclamación del pueblo y del ejército. Estas aclamaciones, muestras inequívocas del beneplácito divino, estuvieron presentes en la entronización de León I en 457:

O Dios favorable, la *res publica*  
requiere a León como emperador...  
¡Esos son los deseos del palacio,  
las súplicas del ejército, los  
deseos del Senado, los deseos  
del pueblo! El universo espera a  
León! El ejército quiere a León...  
Escucha, o Dios, te suplicamos.<sup>62</sup>

## 2. La investidura

Como quiera que hubiera sido la sucesión, la investidura estaba sometida a prácticas provenientes del pasado romano, las que perduraron en Bizancio, aun si nuevos ritos fueron agregados. La aclamación del ejército tenía lugar en el *Hebdomon* (el campo de maniobras). El aclamado se convertía en el comandante supremo del

<sup>60</sup> Cfr. Aristóteles, *Pol.*, III, 13, 8: (Teoría del tirano).

<sup>61</sup> Sickel, *Das byzantinische Kronungsrecht bis zum Xten Jahrhundert*, p. 511, cit. por Bréhier, L. *Les institutions...*, cit., p. 14).

<sup>62</sup> Constantino VII, *Porphirogeneta*, "Ἐχθροῖς τῆς βασιλικῆς τάξεως (*De Ceremoniis aulae byzantinas*, Ed. Reiske, Lipsiae, 1751-1754, I, XCI, p. 748, cit., por Bréhier, L., *Les institutions...*, cit., p. 15).



ejército y recibía, *ipso facto*, el poder. El carácter simbólicamente democrático de este ritual es resaltado por el hecho de que el collar (*torques*) le era entregado por un simple suboficial, el *compidactor*, el cual representaba, de alguna manera, la voluntad de la masa. De esta forma, el primer rito de entronización, se asemeja a un pronunciamiento militar. Estos ritos y su similitud con una sublevación se implantaron en el curso de las revueltas militares del siglo III.<sup>63</sup>

El alzamiento sobre el pavés se acompañaba con la recepción de las insignias del Imperio, en particular la diadema que los emperadores portaban regularmente desde tiempos de Constantino. Sin embargo, el deseo de hacer más respetables a los emperadores de origen humilde que acceden al poder una vez extinta la dinastía teodesiana, llevó a la adopción de un rito religioso, destinado a hacer ver a los ojos de todos que el nuevo soberano recibía su autoridad de la voluntad divina. Así surge la coronación por parte del patriarca, rito que, a la postre, terminó convirtiéndose en la ceremonia esencial de la entronización.<sup>64</sup>

En adelante no podrá pasarse por alto la intervención del patriarca. El rito deviene condición necesaria de la investidura. En 491 el patriarca rehúsa coronar a Anastasio si no hace una profesión de fe en la que se comprometa a respetar los cánones de Calcedonia. Esta profesión de fe previa a la coronación parecía indispensable. Fue así que en 602 Phocas prometió defender la ortodoxia y proteger a la Iglesia. A través de esta vía la intervención del patriarca, guardián de la ortodoxia, se convirtió en un ritual esencial en la entronización imperial. Sólo eran considerados legítimos los emperadores coronados por él. Si se trataba de la coronación de un emperador asociado (co-emperador), era el mis-

<sup>63</sup> El rito se complementaba alzando al aclamado sobre el pavés, *i.e.* *scutum pavense* (escudo oblongo que cubría casi todo el cuerpo del combatiente). Este ritual era de tal importancia que se conserva hasta el fin del Imperio. (Vid.: Bréhier, L., *Les institutions...*, cit., p. 15).

<sup>64</sup> La primera coronación de que tengamos noticia es la de León I en 457. No existía ningún descendiente de Teodosio que pudiera otorgar la corona a este oscuro tribuno de la intendencia. Concluida la ceremonia militar en el *Hebdomon*, donde recibe la diadema, León hace su entrada en la ciudad y se dirige a *Αγία Σοφία*, deposita su corona en el altar y al salir, después de haber escuchado la lectura del Evangelio, el patriarca le coloca la corona en la cabeza. La ceremonia religiosa es aún accesoria, un acto de devoción. Sin embargo, al coronarlo, el patriarca parece legitimar el poder que el emperador ha recibido del ejército. Esto constituye una innovación importante. (Vid.: Bréhier, L., *Les institutions...*, cit., p. 16).

mo emperador el que imponía la *stemma* a su colega, No obstante, la ceremonia tenía lugar en presencia del patriarca quien recitaba las oraciones de circunstancia.<sup>65</sup>

El carácter eclesiástico y litúrgico de la coronación se refuerza con innovaciones importantes. La coronación está precedida por la consagración que consiste en una sola unción realizada por el patriarca sobre la cabeza del emperador haciendo el signo de la cruz, mientras el pueblo canta el *Trisagion*. La unción imperial tiene el mismo carácter y virtud que la del bautismo, borra los pecados cometidos con anterioridad y, como la unción que reciben los obispos, santifica al βασιλεὺς. Después de la unción, el canto del *Trisagion* muestra que es de Cristo mismo que el βασιλεὺς deriva su poder.

La unción confería a la persona del emperador un carácter de santidad, dando a su función una dignidad igual que la del sacerdocio. El βασιλεὺς realiza las mismas funciones que un sacerdote y, como tal, participa de los más altos privilegios del sacerdocio. La coronación del patriarca, en un principio, simple episodio de la ceremonia, se convierte en el rito esencial integrado a un oficio litúrgico concebido exclusivamente para ese evento, muestra los aspectos religiosos de la institución imperial. La unción separa al βασιλεὺς de los demás fieles.<sup>66</sup>

### 3. La sucesión al trono. Césares y augustos

Ni a los juristas ni a los historiadores políticos les sorprende la ausencia de un derecho que regule la sucesión imperial tanto en Roma como en Bizancio. La concepción misma del Imperio, regido por la Providencia, impedía la existencia de una regla de sucesión.<sup>67</sup> Por las fuentes y mecanismos del poder, el Imperio, tanto en Roma como en Bizancio, estaba inclinado a las revueltas y a los pronunciamientos. La historia muestra cómo se suceden los periodos de calma y de sublevaciones militares a un ritmo regular.<sup>68</sup>

<sup>65</sup> Vid.: Bréhier, L., *Les institutions...*, cit., pp. 15-18.

<sup>66</sup> Vid.: *Ibid.*, pp. 19-21.

<sup>67</sup> A decir verdad, hubo una tentativa por establecer un orden regular de sucesión del trono, la de Diocleciano, cuyo sistema dura dieciséis años, de 290 a 306 (Vid.: Bréhier, L., *Les institutions...*, cit., p. 21).

<sup>68</sup> En el espacio de seis siglos, más de cuarenta emperadores romanos fueron asesinados o destronados, desde Julio César a Phocas (44 a.C.-610 d.C.). Más de cinco cayeron en combate; poco más de veinte solamente murieron en su cama.

Los emperadores, en posesión de la autoridad absoluta, se arrogaban el derecho, tanto en Roma como en Bizancio, de designar a su sucesor. Teniendo en cuenta la concepción providencial del poder, la designación imperial resultaba harto paradójica. (Ciertamente, las más de las veces, se respetaban las prácticas tradicionales: consentimiento del ejército y del Senado; más tarde, en Bizancio, coronación por el patriarca). Los emperadores, preocupados por garantizar el cumplimiento de su voluntad, discurrieron, desde el principio, asociar a su heredero con el ejercicio real del poder. Esta mecánica encuentra sus orígenes en Augusto, quien confiere a Tiberio la *tribunitia potestas*. Los emperadores de la *pars orientalis* habían de llegar al extremo de coronar a su heredero en vida.<sup>69</sup>

El emperador aseguraba su sucesión en un hijo o en un pariente. Si no tenía heredero varón, entonces su elección recaía sobre un extraño al cual se creía obligado a adoptar como hijo y, si era posible, vincularlo a su familia, con una unión matrimonial. Augusto adopta a Tiberio, pero lo fuerza a repudiar a Vipsamia y a esposar a Julia. Trajano es sucedido por Hadriano precisamente porque es su descendiente por alianza. Diocleciano adopta a Galerio y lo hace esposar a su hija. Maximiano adopta a Constans Chlore, quien repudia a Helena para esposar a una de las hijas de aquél. Zenón debe el trono imperial a su matrimonio con Ariadne, hija de León I. Tiberio II nombra César a Mauricio, quien se casa con su hija y es nombrado augusto. Este mismo régimen adoptivo funciona bajo los antoninos, de Nerva a Marco Aurelio, y bajo las tres primeras sucesiones de Justiniano, de Justino II a Mauricio.

La historia de la sucesión imperial muestra pues una lucha secular entre dos doctrinas irreconciliables: la idea de la conducción providencial del Imperio y la tendencia a convertir el poder imperial en hereditario, por medio de la adopción o de la asociación al poder. En la antigua Roma la sucesión imperial no pudo jamás implantarse de forma dinástica. Por el contrario, en Bizancio las dinastías fueron numerosas y lograron mantenerse largo tiempo en el poder. En cuanto al periodo que nos interesa podemos identi-

<sup>69</sup> Una vívida referencia a la coronación de Justiniano puede verse en: Fèvre, Francis, *Théodora. Impératrice de Bizance*, París, Presses de la Renaissance, 1984. (Para este trabajo hago uso de la versión italiana: *Teodora. Imperatrice di Bisanzio*, Trad. de Lorenzo Pellizzari, Milán, Rusconi, 1985.

ficar la de Teodosio que va de 379 a 453 (muerte de Pulcheria) y la de Justino I que va de 518 a 578 con la muerte de Justiniano.

La costumbre de asociar al poder imperial a un heredero fue el principal mecanismo empleado para garantizar la “facultad” del emperador de designar a su sucesor. Sin embargo, el carácter de esas asociaciones variaba a través del tiempo y según las circunstancias políticas.

La tradición romana que, desde Hadriano reservaba al heredero designado el título de *caesar*, fue respetada en Bizancio durante mucho tiempo. Sin embargo, el César tenía todavía un obstáculo que salvar antes de convertirse en colega del emperador: debía ser *augustus*. Septimio Severo en 193 otorga el título de augusto a su primogénito el cual había sido designado César dos años antes. (Su hermano Gueta recibió el título de César con el epíteto de *nobilissimus*). Sobre esta jerarquía Diocleciano estableció su regla de sucesión. Constantino nombra Césares a sus tres hijos y a su sobrino Delmatius; a su muerte, el Imperio pasa tres meses sin que sea nombrado un augusto. Por el contrario, Teodosio I designa directamente augustos a sus dos hijos, Arcadio en 383 y a Honorius en 393. Estos fueron los precedentes sobre los cuales se construye la tradición bizantina.

Hasta el siglo VI el heredero designado no fue nunca nombrado augusto directamente. Justino I al adoptar a su sobrino Justiniano, le otorga primero el título de *nobilissimus*, nombre vinculado originalmente al de *caesar*. Tres años después, Justiniano era proclamado augusto. Justino II renueva la tradición designando César a Tiberio. Igualmente, Tiberio otorga el título de César a Mauricio; días después, Mauricio fue proclamado augusto. A partir del siglo VII la significación del título de César habría de sufrir modificaciones en su alcance. Ciertamente, el título relacionaba a su titular con el trono, pero no le aseguraba la posesión futura. Después del siglo X ninguno de los Césares llegó al trono.

Las asociaciones al trono que, como vimos, datan de antiguas prácticas del Imperio, muestran que, como quiera que fuera, el poder imperial tenía un carácter indivisible. La dignidad imperial, aún con estas asociaciones, no es estrictamente colegiada. Cualquiera que fuera el nombre de los asociados siempre hubo sólo un emperador cuya autoridad era soberana.

<sup>70</sup> Vid.: Bréhier, L., *Les institutions...*, cit., pp. 22-24 y 41-43.

#### 4. *Las emperatrices*

La esposa del emperador portaba el mismo título que éste. Livia, la primera, recibió el de augusta, conservado en Bizancio como Σεβαστή, reemplazado más tarde por el de Βασιλις, Βασιλισσα, o bien por αυτοκρατορισσα. Cuando la costumbre de la coronación imperial se introdujo, la emperatriz recibió los mismos honores que el emperador (porta la diadema después de Constantino) y, desde el siglo VI, su coronación tiene lugar en una de las salas del palacio con la participación del patriarca. No se concebía una corte sin una emperatriz. Teodora, esposa de Justiniano, es un claro ejemplo del enorme poder que una Βασιλισσα podía ejercer.<sup>71</sup>

Existen circunstancias en las cuales la emperatriz encarna al Imperio y ejerce efectivamente el poder político. Pulcheria, a la muerte de su padre, es aclamada como augusta y administra el Imperio a los catorce años en nombre de su hermano menor Teodosio II; a la muerte de Teodosio, Pulcheria lo transmite a Marciano otorgándole su mano. El derecho de la Βασιλισσα a ejercer el poder y a transmitirlo a un esposo nunca fue puesto en duda en Bizancio.<sup>72</sup>

#### 5. *La influencia oriental*

El protocolo del temprano periodo bizantino conserva la marca oficial del Imperio: el *princeps*, simple magistrado, es revestido de por vida con facultades excepcionales y ataviado, en razón de los servicios que da a la *Repubblica*, con predicados honoríficos que glorifican sus victorias y el carácter venerable de su persona. Estos predicados se expresan con el título de *augustus*, *semper augustus* (ἀεὶσεβαστος). Sin embargo, desde la instalación del Imperio, particularmente en Oriente, se emplean términos que implican la idea de un poder absoluto y de un deber de obediencia por parte de los súbditos. Se usa *dominus* (κύριος), *δεσπότης*, e incluso *βασιλεὺς* (expre-

<sup>71</sup> *Vid.*: Bréhier, L., *Les Institutions...*, cit., p. 30.

<sup>72</sup> Esta transmisión del derecho de sucesión de hijas y esposas se consolida. Procopia, hija de Nicéforo I, se casa con Miguel Rhangabe, quien sucede a su cuñado Staurakios en 811; Theophano, viuda de Román II, legitima los poderes de Nicéforo Phocas casándose con él en 963; Zoc, hija de Constantino VIII, aporta su mano y la corona a tres esposos sucesivos. A esto habría que agregar que dos princesas ocuparon el trono de Bizancio sin necesidad de tomar esposo: Irene de 797 a 802 y Teodora (de la dinastía Macedonia) de 1055 a 1056. (*Vid.*: Bréhier, L., *Les Institutions...*, cit., pp. 15-17, 23 y 31).

sión proscrita en Roma después del asesinato de César). Estos títulos aparecen frecuentemente en textos literarios y en transcripciones de los dos primeros siglos. A partir del siglo IV, aparecen en documentos oficiales. Justiniano, emplea el término de *Βασιλεία* para designar su poder. El título de *Βασιλεὺς* se convierte en un atributo inherente del emperador. Los jefes bárbaros que portaban corona debían de contentarse con el nombre latino de *rex*. (Sólo al soberano persa, por razones de larga tradición, se le denominaba oficialmente *Βασιλεὺς*.<sup>73</sup>

Ni el título de *Βασιλεὺς* ni el de *δεσπότης*, se encuentran en los protocolos, no obstante que estos términos eran de uso corriente cuando se dirigían al soberano. Probablemente esto se debe al respeto que el bizantino sentía por la tradición romana. Sin embargo, *βασιλεὺς* se convertiría en el título oficial, usado en el protocolo. En 629 en una *constitutio* el emperador Heraclius y su hijo Constantino, son calificados de *πιστοὶ ἐν χριστῷ βασιλεῖς*. Este cambio, ciertamente, evidenciaba la consagración de la victoria sobre los persas y sobre aquel soberano que se jactaba hasta entonces de ser el único *βασιλεὺς*.<sup>74</sup>

Después de la desaparición del reino persa (637-651) el soberano de Bizancio fue el único en el mundo a llamarse *βασιλεὺς* que, curiosamente era traducido en latín por *imperator*. Esto explica el porqué los emperadores bizantinos se reservaban exclusivamente esta denominación que les permitía pretender el dominio universal y que, por tanto, rehusaron acordarlo a los “emperadores” carolíngeos o germánicos.<sup>75</sup>

<sup>73</sup> Jean Lydus explica que el término (*βασιλεὺς*) supone una monarquía fundada en el respeto del derecho, por oposición a la tiranía, típica de las monarquías bárbaras. El mismo autor explica que la expresión *αὐτοκράτωρ* (*imperator*) designa el poder personal conferido al hombre que tiene como tarea enderezar el Estado y defenderlo contra sus enemigos. Esta es la doctrina romana. (*De magistratibus populi romani*, I, 8, p. 12, citado por Bréhier, *Les Institutions...*, cit., p. 46). Véase Pisides, G., *Bellum avaricum, 1283-1295*, I, 3, 9-10. Véase igualmente un discurso de Synesius de Cyrene, pronunciado ante Arcadius en 399, en donde explica la diferencia entre *αὐτοκράτωρ* y *βασιλεὺς* y recuerda la aversión tradicional de los romanos por el título de rey). (Duruon, *Synecius, 159*, citado por Bréhier, L., *Les Institutions...*, cit., p. 475).

<sup>74</sup> *Vid.*: Bréhier, L., *Les institutions...*, cit., p. 46.

<sup>75</sup> *Vid.*: *Ibid.*, p. 47.

## 6. *La doctrina imperial. El culto*

Como quiera que haya sido el modo de su acceso al trono, no importa si debía su ascenso a su genio o bien a su afortunada estrella, el emperador era venerado por todos como un ser de naturaleza excepcional. Los juristas reconocen el carácter absoluto de su voluntad. Para los textos jurídicos el emperador es una "ley viviente".<sup>76</sup>

El pueblo veía en el emperador a un elegido de la Providencia. Era la Providencia la que, de alguna manera (a veces impenetrable), lo había escogido para gobernar el Imperio y defenderlo contra sus enemigos. Este es el fundamento de la doctrina nacida con el Imperio mismo y transmitida íntegramente a Bizancio.

El emperador, no siendo un simple mortal, tiene derecho a un culto particular. En época de Augusto, los orientales, habituados al culto de los soberanos helénicos, construyeron espontáneamente templos en honor de la divinidad del emperador. No obstante su repugnancia y su miedo por molestar a los romanos, Augusto tuvo que permitir ser adorado y transformar en institución pública lo que, en un principio, no era sino una devoción privada. Así nació el culto por el emperador, culto que, poco a poco, se habría de imponer a los súbditos del Imperio como una manifestación de lealtad.<sup>77</sup>

En Bizancio, este culto imperial, lejos de desaparecer con el triunfo del cristianismo, se consolida y se perpetúa bajo una forma nueva, adaptándose al credo ortodoxo. Este fue el punto de partida de la tradición bizantina: retuvo del pasado romano no sólo una doctrina del poder imperial sino un culto hacia la persona del emperador. Aunque todo significado pagano fue eliminando de la doctrina, la mayor parte de los viejos ritos se conservaron.

La doctrina era una verdadera teología que comprendía un conjunto de dogmas cuya base fundamental era la creencia en la intervención divina en la selección del titular del poder imperial. En sus palabras dirigidas a los miembros del concilio de Calcedonia, el emperador Marciano dice: "nosotros primeramente hemos sido elegidos para el Imperio por decreto divino".<sup>78</sup>

<sup>76</sup> Vid.: "Digna vox majestate..." (C.1,14,4); "quod principi placuit..." (D.1,4,1)".

<sup>77</sup> Vid.: Bréhier, L., *Les institutions...*, cit., p. 49.

<sup>78</sup> M.C. Secto Romano, 94, VII, 129, 524, 536, Textos compilados por Enns Lin A.C.E.B., volumen VI, 1939, pp. 158-163, cit., por Bréhier, L., *Les institutions...*, p. 50.



El emperador es el elegido de Dios porque, precisamente, el Imperio entra dentro del plan divino y representa, como la Iglesia, la victoria de Dios sobre el mal. El Imperio ha sido fundado por Cristo, el cual es su comienzo y su fin. El Imperio terrestre es un cuerpo místico que apenas se distingue de la Iglesia; se confunde con la tierra habitable, fuera de la cual no existe más que desorden y barbarie.

El propio Justiniano se siente instrumento del Señor cuando declara en la *Constitutio* con la que reorganiza la administración de África: “lo que el Dios todopoderoso acaba de realizar, supera todas las maravillas de este tiempo... es beneficio divino, nuestros predecesores no lo habían merecido. (*Codex I, 27, prefacio*). Es dogma de esta teología imperial, heredada del pasado romano, que la victoria acompañe siempre a las armas del βασιλεὺς; toda victoria obtenida en el Imperio es su victoria. En el tiempo de los emperadores paganos, una divinidad protectora, la *Victoria*, es inseparable de la persona del *princeps*. Su culto se confunde con el de *Venus Victrix* o *Genetrix*, divinidad doméstica de los césares. Con el advenimiento del Imperio cristiano no se renuncia a la *Victoria augusti*, ésta se encuentra en las aclamaciones de las *demes* en las que los deseos de Victoria aparecen sin cesar.<sup>79</sup>

Al igual que sus predecesores paganos, los emperadores bizantinos gozaban del privilegio de ser siempre victoriosos. Los antiguos césares tenían fe en su estrella, sus sucesores bizantinos ponían toda su confianza en Dios. Como lo ha señalado Jean Gagé, la adopción bizantina de la doctrina de la victoria perpetua, fue facilitada por las afinidades del lenguaje de los autores cristianos con la fraseología oficial.<sup>80</sup>

De estas doctrinas resulta que el poder imperial es absoluto y universal. Una petición dirigida alrededor del 375-378 por el comandante de la Thebaide a los emperadores Valens, Graciano y Valentiniano II, los califica de “amos de la tierra y del mar y de todo el género humano”.<sup>81</sup> Esta adulación exagerada sorprende y molesta, pero corresponde a una doctrina oficial que, evidencia historiográfica-

<sup>79</sup> Vid.: Gagé, *La théologie de la victoire impériale*, pp. 1-43; *Id.*, *La victoire impériale dans l'empire chrétien*, pp. 370-400, ambos cit., por Bréhier, L., *Les institutions...*, cit., p. 52.

<sup>80</sup> *La Théologie de la victoire impériale*, pp. 25-26, cit., por Bréhier L., *Les institutions...*, p. 52.

<sup>81</sup> Papyrus Lips. 34 en *Byzantinische Zeitschrift*, Vol. XXX, Munich, 1930, p. 146, cit., por Bréhier, L., *Les institutions...*, cit., p. 53; Vid.: D. 104, 2, 9.

fica precisa, muestra que deriva directamente de la creencia pagana en la divinidad del emperador. Un texto de Vegacio del último cuarto del siglo IV testimonia cómo operó la fusión entre la concepción pagana y cristiana. El ejército prestaba juramento el tiempo de Teodosio el Grande en nombre de las tres personas de la Trinidad y por la majestad del emperador, la cual, por decreto divino, debe ser amada por el género humano porque, recibiendo el nombre de augusto tiene derecho a la fidelidad debida a un Dios presente y corporal.<sup>82</sup> Esta doctrina que transforma la persona del emperador en un Dios presente y corporal se expresa por dos predicados atribuidos al βασιλεὺς. Uno es compatible con el dogma cristiano, el de ἅγιος (santo). El otro predicado, de origen pagano, se conservó en Bizancio con un sentido un poco atenuado, el de θεῖος (divino). El predicado de θεῖος, (*divus*) es una reminiscencia de la apoteosis imperial reservada, en principio, a los difuntos. Sin embargo, en el siglo IV fue atribuido a los emperadores vivos y a todo lo que se refería a su persona.<sup>83</sup>

El emperador ciertamente tenía deberes. Su misión providencial le imponía más obligaciones con respecto al género humano. Al lado de las facultades mesiánicas que le confería la Providencia, le correspondía, también, una formidable responsabilidad. En Bizancio se desarrolló toda una literatura parenética para el uso de los futuros amos del mundo. Muy significativo a este respecto son los textos oficiales en los cuales los mismos emperadores enumeran los deberes vinculados con su función; tales son los consejos que Justino II da a Tiberio en presencia del Senado cuando en 574 lo nombra César. Todo un programa de gobierno teocrático y patriarcal. “El fin del emperador es repartir beneficios para todos, si falta a ese deber, siguiendo la opinión antigua, altera el poder imperial”.<sup>84</sup> La principal cualidad exigida a un emperador es la justicia. A través de ésta encarna la autoridad divina. El poder imperial, según un texto atribuido a León es una autoridad jurídica, establecida en bien de todos los súbditos; cuando castiga no es por odio; si recompensa, no es por favor, sino, al igual que un juez, da a cada quien lo que merece.<sup>85</sup>

<sup>82</sup> *Epitome rei militaris*, editado por Lange, Leipzig, 1869, II, 5.

<sup>83</sup> Vid: Bréhier, L., *Les Institutions...*, cit., pp. 53-55.

<sup>84</sup> Constantin VII, *Delectus legum*, 461, cit. por Bréhier, L., *Les Institutions...*, cit., p. 57.

<sup>85</sup> Constantin VII, *Delectus legum*, 460, cit. por Bréhier, L., *Les Institutions...*, cit., p. 57.

Todo este poder y culto imperial tenía un importante contrapeso. Ese mismo derecho divino que confería a un hombre tal poder también era promotor de pronunciamientos y sublevaciones. Si el elegido de la Providencia hacía mal uso de sus poderes, la misma Providencia había de propiciar un salvador. Esta era una tesis ampliamente compartida. El patriarca Nicolás en una carta dirigida al papa Anastasio III en mayo de 912 señala una audaz postura con respecto a la autoridad imperial: “Si el βασιλεὺς, inspirado por el diablo, da una orden contraria a la ley divina, nadie la debe obedecer... todo súbdito puede levantarse contra todo acto administrativo contrario a la ley y aún contra el mismo emperador si éste se encuentra dominado por sus pasiones.”<sup>86</sup>

Las ceremonias periódicas o extraordinarias que constituían la moda oficial del emperador y de la corte no eran sino el ejercicio regular de este culto. El culto imperial poseía, en realidad, todos los elementos de una religión, algo así como un *sancti palatii ritus*.<sup>87</sup>

La mera etiqueta de los elementos que rodeaban una simple audiencia evocan una ceremonia religiosa. Sin embargo, el rito más importante era el saludo dado al emperador. Desde la primera mitad del siglo III se introduce el uso oriental de la postración (προσκύνησις). Diocleciano reglamentó este uso e hizo de la postración ante la púrpura imperial una obligación al mismo tiempo que un privilegio para los funcionarios. La postración no sólo se acordaba al βασιλεὺς sino, también a la βασιλισσα. Este rito se convirtió en un honor más que en una sujeción.

Además del palacio, el Hipódromo tenía un lugar esencial en el ceremonial imperial. Contrariamente a lo que ocurría en palacio, abierto sólo a ciertos privilegiados, en el Hipódromo el pueblo entero se incorpora a la “liturgia imperial”. El Hipódromo era el teatro de las ceremonias más impresionantes como las coronaciones y las victorias más gloriosas. (No cabe duda que el *circus maximus* fue el modelo de los ceremoniales triunfales del Hipódromo bizantino.)<sup>88</sup>

<sup>86</sup> Nicolás el Místico, *Correspondencia*, Núm. 32, Actas del Congreso de Estudios Bizantinos, V, Roma, 128-129, cit., por Bréhier, L., *Les Institutions...*, cit., p. 58.

<sup>87</sup> Treitinger, O. *Die oströmische keiser-und Reichides*, Iena, 1938, p. 50, cit. por Bréhier, L., *Les Institutions...*, cit., p. 59.

<sup>88</sup> *Vid.*: Bréhier, L., *Les Institutions...*, cit., p. 61.

Este es el mundo bizantino, sincrético y epigónico, que permea toda la obra de Justiniano, particularmente como legislador. Justiniano legisla para un Dominus mundi y una *οικυμένη* cristiana. Con este trasfondo debe leerse el “derecho romano” que recibe Irnerio en nombre de Europa.